

Me haré de aire

Laura Antillano



**MONTE ÁVILA**  
EDITORES LATINOAMERICANA



COLECCIÓN CONTINENTES

Me haré de aire  
(Cuentos)



Laura Antillano

Me haré de aire  
(Cuentos)



**MONTE ÁVILA**  
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2021

*Me haré de aire*

© Laura Antillano

DIAGRAMACIÓN

Carolina Marcano

DISEÑO DE PORTADA

Javier Véliz

IMAGEN DE PORTADA

*Flowers clouds*, 1903

Odilon Redon

Instituto de Arte de Chicago

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2021

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,  
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

[www.monteavilaeditores.gob.ve](http://www.monteavilaeditores.gob.ve)

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2021001434

ISBN: 978-980-01-2250-1

# Cuando la arena se levanta

*Para Rosita Navas*

Mi madre no habla. Más o menos como yo.

Nosotros no sabemos de dónde vino, ni muchas cosas de atrás. Por eso no hubo extrañeza cuando ella, esa noche en el velorio, mientras algunas de la rueda rezaban el rosario y otras saboreaban el café contando los asuntos de todos los días, de por allá en El Arenal, mamá escuchó el nombre: Amado Rosendo Quiñones, y saltó.

Esas tres palabras: Amado/Rosendo/Quiñones, tuvieron en sus oídos una resonancia insospechada.

Volteó la cabeza como si un resorte la hubiera activado, miró a los de la conversa y se fue a reunir con ellos de inmediato, tímida como es, preguntó:

—¿Ustedes dijeron Amado Rosendo Quiñones?

—Ujú —le dijo una viejecita con un tabaco grande en la boca, que se mecía, echando bocanadas.

—¿Lo conocen? —preguntó mi madre.

—Sí —dijo la viejecita, y lo mismo un hombre y una mujer del grupo, más bien con indiferencia.

—Y... ¿está vivo?

—Claro que está vivo, mujer. Vivito y coleando, aunque ya no tanto —dijo la más joven y se echó a reír en una carcajada sonora que los de más lejos evaluaron mal.

—¿Dónde lo puedo encontrar? —dijo mamá.

Y la del tabaco, se lo sacó de la boca, y le preguntó como quien no quiere la cosa:

—¿Y por qué quiere *buscalo*?

—Porque es mi papá, y no lo conozco.

Entonces hubo como asombro y todos se pusieron a explicarle cómo llegar al terreno donde mi abuelo tenía la choza y el sembradío.

Mi madre no espero ni una semana para coger camino, en tres días preparó el viaje. Habló mucho esos días, no parecía ella, no podía disimular el entusiasmo.

No quiso que mi papá la acompañara, quería llegarle sola, y tuvo que pasar de un autobús a otro. El Arenal es tierra seca y distante.

No sabemos cómo fueron las cosas por allá, mamá no contó nada.

Tierra seca y ventisca, nos imaginamos.

Tampoco sabemos con qué palabras le dijo que era su hija, ya mujer de cuarenta con hijos grandes. Aquello debió ser pura desolación.

Lo digo porque aquella gente había asomado como que los asuntos del viejo no estaban muy bien, y porque cuando la vimos llegar venía con ella ese señor, de hombros enjutos y cara sin expresión, que arrugaba los ojos para mirar y no miraba de frente sino de soslayo, con la ropa sin color de lo desteñida, y pidiéndole permiso a un pie para mover el otro. Ella lo trajo del brazo, casi lo arrastraba, con ternura, y no dejaba de mirarlo.

Nos dijo:

—Este es el abuelo de ustedes.

Y lo instaló en la casa.

Le acomodamos una cama.

Mi madre lo cuidaba como a un niño, hasta lo bañaba, y él se dejaba hacer con mucha vergüenza.

Nos hablaba poco.

Supimos que hacía trabajos de brujería, preparaba menjurjes y hacía ensalmos.

Todos nos entusiasmamos y cada uno trató, a su modo, de acercarse.

La palabra de mi madre es palabra santa, si ella dice que hay que cuidarlo se le cuida, sin más preguntas. Como tiene que ser.

Pero pasaban los días y él como que no se hallaba.

Agarraba un cajoncito de tablas y se iba al fondo del patio, allí se sentaba como escondido. Lo dejábamos tranquilo.

Estaba limpio, tenía comida, tenía un lugar de dormir.

Pero un atardecer descubrimos que lloraba. Era un abuelo que lloraba.

Mi madre le preguntaba y él no le contaba nada, se le arrugaba toda la cara y lloraba, tapándose con las dos manos, con sollozos fuertes.

Nosotros preguntamos:

—¿Mamá, por qué llora tanto?

—No sé —decía ella. Y después—: Debe *tené* mucho remordimiento. —Y se quedaba pensativa mirando el horizonte.

Entonces el abuelo la tomó por decir que él tenía que regresar a El Arenal.

—No, papá, ¿qué va a *hacé* usted allá solo?

Y él dijo que tenía que estar con sus muertos, regresar a sus muertos.

Tanto dio que terminamos llevándolo de vuelta a El Arenal.

Fue un camino lleno de polvo y sin palabras. Mamá lo llevó a la choza, le dejó ropa limpia y enseres, ahí nos despedimos todos.

Se quedó solo en su monte.

En casa nos preguntábamos incansables, «¿qué sería lo que lo llamaba de aquel lugar?».

Mi madre dijo:

—Acuérdense de que él fue brujo, hizo mucha cosa, no se puede *despegá* de las ánimas ni del tiempo atrás.

Un día nos vinieron a avisar que lo encontraron colgado. Se ahorcó en el terreno.

Mamá tuvo que ir a bajarlo y preparar el entierro.

En el cementerio de El Arenal estaban los del pueblo.

Fuimos todos los de casa, y con la cabeza baja podíamos escuchar el rumor como de abejorros en celo; le echaban la culpa a mamá, decían:

—Es que ella abandonó al viejo, lo dejó solo en ese *montaral*.

Caminábamos y la ventisca nos golpeaba la cara.

Yo creo que lo mató el remordimiento.

(Valencia, 2006)

# La Muralla

*Para Francisco Vicente*

La había visto por primera vez en la Muralla, una noche de copas y fiesta. La conversación había tomado el giro de las escenas de la historia, con frecuencia lo hacían para pasar el rato o sentirse participantes, por instantes, de ese misterioso pasado.

—Algunos restos del muro son visibles en otros lugares de la ciudad.

—Dicen que tenía quince metros de altura y noventa y cinco torres.

—¿Te imaginas lo que podría significar vivir dentro de una ciudad amurallada de ese modo?

Las voces de los amigos, Miguel y Vicente, alimentaban la conversación; los tres contemplaban el enorme fragmento de la Muralla, utilizado como centro de la decoración del lugar, de hecho, hasta el mobiliario, la iluminación y la distribución laberíntica del espacio parecían haber sido acordados en función del misterio que aquel trozo de pared producía.

Alfredo estaba ensimismado en la contemplación de las texturas de la piedra cuando vio, como a un relámpago, la imagen de la joven, quien atravesaba el pasillo posterior. El desconcierto que aquella mujer le produjo hizo que, sin mucho disimulo, abandonara su lugar en la mesa y se levantara para tratar de alcanzarla.

A pesar de la rapidez de su paso, Alfredo no lograba su objetivo sin borrar aquellos ojos que lo miraron ni el gesto tímido o esquivo del rostro. Había algo extraordinario en aquella mirada. Acaso la misma sensación de asombro. ¿Quién era esa mujer? ¿Por qué lo había mirado de ese modo? Simuló dirigirse a la barra a retirar un trago, sin salir de su estupor, para intentar buscarla en los pasillos adyacentes. Miguel lo observaba desde el asiento, preocupado. Desde hacía un par de semanas, la conducta de su compañero de habitación le sorprendía. Alfredo, de común extrovertido e histriónico, ahora solía estar distraído, lejano, y no daba explicaciones al regresar de esos estados. Lo vio mirar a uno y otro lado del pasillo, levantándose sin aparente razón, nervioso en su extrañeza.

Pero no hubo suerte, la muchacha desapareció del mismo modo en que hizo su paso por el lugar. Alfredo regresó a su asiento después de dar una vuelta hasta la entrada misma a la Muralla. Los amigos continuaban la conversación aparentando ignorarlo.

Más tarde, en su apartamento, relajado sobre la cama, Alfredo tenía presente, como en fognazos, el rostro de la joven, sus facciones y aquella mirada que le resultaba tan particular y que llegó a interpretar como una solicitud de auxilio. Le atraían sus ojos rasgados, la piel de un moreno canela claro, una tristeza especial que lo llamaba y la sensación ineludible de que la conocía.

Esa noche se internó en un sueño profundo, inesperado.

—¡Oh!, emir de los creyentes, el príncipe Tudmir firmó el acuerdo para que se le respetara su rango y se reconociera a sus súbditos el derecho a la religión, por eso en Murcia la convivencia entre muladíes y mozárabes es natural.

El hombre arrodillado a sus pies hablaba con soltura y su palabra era palabra leal. No podía dudar de sus afirmaciones.

No tenía una medida del peligro en sentido íntegro, había enfrentado a los turcos igual que a los *franys*, pero elaboraba respuestas inmediatas y ahora sus informantes a lo largo y ancho de al-Ándalus, le traían cada vez peores noticias.

Mandó a revisar las fortificaciones, a doblar la vigilancia y exigió se le mantuviera informado de cualquier paso que dieran los invasores.

Se acercó a la ventana de la torre una vez que estuvo solo. Su cuerpo envuelto en seda despedía el aroma de los aceites preparados por las concubinas para su reposo. No quiso dirigirse a la recámara de ninguna de ellas: los ojos de la muchacha eran dos llamas encendidas que no le abandonaban ni en el sueño ni en la vigilia.

—Me voy, Alfredo, son las nueve de la mañana, me esperan en la imprenta. Ah, te ha telefonado dos veces Julia, que no olvides el ensayo de esta tarde.

Sonó el portazo y el joven se sentó en la cama despreciándose sin mucha convicción.

Alfredo contempló la esfera del reloj y se apuró a la ducha, en media hora debía bajar a tomar el desayuno y aparecer fresco como lechuga en la librería de libros viejos de Trapería.

Llegó a tiempo para abrir la santamaría y desempolvar los estantes antes de que el dueño apareciera reclamando

tardanzas. En seguida organizó las revistas de un paquete que le fue entregado por el encargado del correo en la puerta. Se detuvo a mirar la portada: «La revista científica *Sharq al-Ándalus. Estudios Árabes* fue fundada en 1984 por los profesores Mikel de Epalza y María Jesús Rubiera del área de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Alicante, para publicar, fundamentalmente, trabajos de investigación históricos relativos a las tierras del Levante de la Península Ibérica en época musulmana».

Alfredo revisó índices y metódicamente se dirigió a la estantería correspondiente, fue colocándolas una a una en perfecta simetría. Un posible comprador inesperado entró en ese momento al lugar. Alfredo bajó de la escalera en la que se había subido para alcanzar los travesaños.

—¿En qué puedo servirle?

Resultó ser un extranjero con vestimenta de turista, el hombre revisaba el lugar con mirada de curiosidad. Se acercó al joven y le pidió información sobre la ciudad.

Alfredo se movió hacia un revistero lleno de páginas viejas y nuevas, mientras comentaba de espaldas al visitante:

—Murcia fue fundada en el año 831 por Abd al-Rahman II en el centro del valle del río Segura.

Cuando volvió la cabeza para mirar a su interlocutor, el individuo había desaparecido. Alfredo, sorprendido y molesto por el detalle, pasados unos minutos, decidió salir a tomar un café a la plaza, dejando el acostumbrado letrero de «Vengo enseguida» en la puerta, sin sospechar que no regresaría.

El mediodía de primavera avanzaba deslumbrante de luz y Alfredo caminaba hacia las mesas del café al aire libre. Atravesando, en medio de la Plaza de Santo Domingo, de pronto, a la distancia, creyó distinguir la figura femenina de sus sueños,

siguió pues caminando sin quitar la vista de aquel objetivo tan distante y cercano a él.

Su vista no la abandonaba, como si pensara que así no la perdería de nuevo. Siguió mirando a la muchacha, quien ahora, sentada en una mesa del café, en el fondo de la plaza, parecía ignorarlo.

Pero escuchó que lo llamaban:

—¡Alfredo! Al fin te encuentro.

Y dio vuelta a su cabeza; encontró a Julia, quien venía en su búsqueda, la saludó con la mano desde lejos y retornó a mirar hacia el café. La muchacha de sus sueños había desaparecido.

Julia no podía entender el porqué del modo displicente y hosco del trato de Alfredo, quien sin explicaciones le preguntó, bruscamente, por qué lo buscaba a esta hora.

La joven se deshizo en titubeos, habló acerca de recordarle la puntualidad en los ensayos (ambos formaban parte del elenco del Teatro Romea). Observaba a su amigo, quien tenía la mirada puesta «en otro mundo», y lo sentía como si no fuera él, aquel a quien tenía tantos años conociendo.

Alfredo se despidió de Julia y tomó el camino de regreso, aún sin haber saboreado un café. En lugar de volver a la librería se dirigió a casa con el ánimo de descansar un poco, ¿de su búsqueda infructuosa?

—Sea tu llegada bien recibida —dijo el poeta ciego al-Maizumi, al ver entrar a su recinto al poeta al-Kutandi. Al-Maizumi tenía humilde su morada, y acostumbraba dar lecciones de cálculo y poesía a quienes así lo solicitaran.

Al-Kutandi entró al lugar, saludó a los jóvenes, mujeres y hombres, presentes, y así se dirigió al maestro:

—Al-Maizumi, vengo a ti porque una frase flota en mi cabeza y no encuentro las palabras para darle continuidad.

—¿Cómo dice tu pensamiento, querido amigo? —le pidió al-Maizumi.

A lo que al-Kutandi respondió:

—«Si tú vieras a quien hablas...».

Al-Maizumi lo escuchó y guardó silencio, luego se llevó la mano a las sienes en señal de pensar, titubeó intentando pronunciar alguna palabra; entonces, una joven de ojos grandes y despiertos que estaba a su lado, se atrevió a continuar el verso diciendo al punto:

—«Mudo quedarías del fulgor de sus alhajas. Brota la luna, en su cuerpo, por doquier y, en su ropaje, la rama juega...».

Al-Kutandi no pudo disimular su asombro ante el acierto inesperado de aquellas palabras y preguntó a la joven su nombre.

—Me llaman Zazhun, y soy de Granada —respondió ella. Y al-Kutandi recordó y reconoció aquellos ojos.

Alfredo despertó sudoroso. Eran esos los ojos a los que perseguía, los de la mujer de las apariciones, ¿qué podían significar estos sueños?

Miró por la ventana y descubrió lo avanzada de la tarde, debía alistarse para salir con apenas tiempo, al ensayo del Teatro Romea.

Llegó para cambiarse y comenzar el montaje. Todos, desde los técnicos de tramoya a los actores, le miraron con rabia y desprecio. Vicente estaba en el grupo; Alfredo notó cómo Julia esquivaba sus ojos con tristeza.

Mudó su ropa y se dispuso a realizar su parte en el escenario. ¿A quién podría explicar su propia desazón?

Alfredo, sobre el escenario, pronunció las palabras del poeta Sheij Muhammad Ibn al Habib:

A través de limpiar el espejo del corazón  
El velo es apartado y aparecen en él  
las luces de la pureza del recuerdo.

Su voz llegaba de otro mundo, y su apariencia también.  
A su lado Julia, envuelta en velos, recordaba la figura de la  
poetisa musulmana Wallada, hija del califa al-Mustakfi. Los  
versos que decía iban bordados a su túnica:

Estoy hecha por Dios para la gloria, y camino  
orgullosa por mi propio camino. Doy poder a mi  
amante sobre mi mesilla y mis besos ofrezco a quien  
los desea.



# Manuscrito perdido

Si asumimos una actitud de extrema sinceridad, ¡de descarada sinceridad!, habría que señalar nuestra duda acerca del rol protagónico en este caso. ¿Es el personaje o es el manuscrito? Aquí se inicia el problema. El hecho es que el manuscrito se le ha perdido al personaje (¿deberíamos decir que el personaje perdió el manuscrito?). Lo perdió. Sin más preámbulos.

Descubrió que lo había perdido cerca de cinco días después de suceder. Relatos trabajados a lo largo y ancho de siete años (número cabalístico) repentinamente desaparecidos. Un portafolios azul, tamaño carta, pasa a convertirse en el anhelo más codiciado, en la utopía, en la musa ansiada, en lo indecible, incalculable, inexpresable; más allá del bien y del mal.

El personaje intenta pensar en otra cosa sin conseguirlo. Aquellas tapas azules como el mar, como el cielo, del tamaño justo para resguardar las cuartillas escritas en noches y días de delirio, ocupan el centro de su ser y de su pasión por estos días. Pero hay que tratar de ser sensato.

¿Dónde podría haberse extraviado?

El personaje acude a la cocina diminuta, de apartamento tipo estudio, poblada de libros igual que el resto del espacio: *El paraíso perdido*, de Milton, en edición de lujo, colocado sobre la cesta de las verduras; los trópicos del Miller yacen en la nevera, al lado de algunos vasos de *yogurt* de diversos sabores (frutas tropicales, por supuesto); *Entreabierto*, de Luis Alberto Crespo, sobre el abrelatas eléctrico, y así sucesivamente. Decíamos pues que acude a la cocina, se sirve agua fría de la nevera, abre una gaveta y extrae dos frascos pequeños en donde puede leerse *Transen* y *Valium*, cinco miligramos... Escoge una cápsula de cada una y las toma colocando elegantemente una mano dentro del bolsillo de su bata, mientras que la otra levanta en alto el vaso de agua (olvida el portafolios para recordar la escena de alguna película de Cary Grant, puesto que en este momento él es Cary). El personaje va hacia la ventana; luego, con el mismo aire de solemnidad, mira el horizonte, el cielo rojizo... Sorprendido y saliendo del trance, Cary Grant se da cuenta de que algo ha ocurrido, este que ve no es el paisaje habitual desde su ventana... otra luz, una palidez extraña, un hormigueo de gente en la calle, niños uniformados, señoras con bolsas de pan, gente que rodea el kiosco de periódicos hasta casi llevarlo al piso, autobuses repletos que se detienen y pasajeros que se prenden de las ventanas. El individuo en cuestión no puede con su asombro. Elemental: nunca había estado en el marco de la ventana a esta hora del día. Corre a su escritorio. Trae la libreta de anotaciones de vuelta. La emoción produce un temblor de su mano, lo que se traduce en temblorosa caligrafía. Escribe: «Qué bonita es Ana Rosa levantada en la mañana»... (Para conocimiento referencial del lector, debemos decir que Ana Rosa es una de las dependientes de la panadería La Flor del Líbano, ubicada frente al edificio en donde reside nuestro personaje), y por

allí arranca... Cuando acuerda, el cuaderno de notas está absolutamente repleto de jeroglíficos y el susodicho vuelve a la realidad al escuchar el pito de la cafetera eléctrica, que denota el final de su proceso.

Mientras recibe el agua de la ducha, la reflexión se sitúa en un «desde cuándo»... Desde cuándo no percibía las horas de la mañana en su vida, desde cuándo se convirtió en un ave nocturna... Desde cuándo, ¡en fin! Y de nuevo el ambicionado portafolios azul toma su centro. Hay que vestirse rápidamente e iniciar la búsqueda acaso desesperanzada. En el ascensor, un ligero accidente, la puerta se niega a abrir en el piso señalado. Un instante y la duda desaparece, efectivamente está encerrado. Pero no solo. Acaba de percatarse de que estaban otras personas con él en la cabina. Una mujer, quien habla aceleradamente, tiene un reloj en la muñeca, más grande de lo habitual, lo que hace inevitable el que se le mire cuando gesticula (al reloj y a ella); su marido, un señor de anteojos con un riguroso aire doctoral (asume nuestro personaje que es su marido por la forma en que el hombre en cuestión redice a ella: «Quédate tranquila, Adelaida»). Dos perros chihuahuas.

Ahora parecen ser ellos los que no se percatan de la presencia de nuestro personaje. Ante la imposibilidad de que la puerta se abra, y el dedo opresivo de ella sobre el botón rojo en el tablero con una campanita dibujada, el marido le habla; se produce entre ellos un diálogo de una rapidez inusitada, del cual nuestro precepto silencioso saca las conclusiones: que tienen una hija que se metió a cantante de *rock* y se fue a las islas Bahamas; que él hubiera preferido que en lugar de *rock* duro ella cantara baladas, pero la psicoanalista que ve a la familia en terapia colectiva les ha demostrado que la joven escogió ese género agresivo porque no soportaba más las cantaletas de su madre; que tienen un hijo que «se casó con mujer brava», y en

esa desgracia incurrió porque igualmente: tenía que huir de la casa materna ante tal impositivo, constante y vedetista, de esta señora con reloj excesivamente grande. Por otra parte, al hablar la contingente señala que el individuo de anteojos y doctoral pose es, en realidad, un pusilánime sin posibilidad de éxito en la vida, quien se ha comprado toda la biblioteca existente de textos alusivos a: Cómo tener amigos / Cómo hacerse millonario / Cómo acostarse con la misma persona el resto de su vida (¡¿?!), etcétera... y habiéndoselos leído todos, no se percibe en él, en los últimos veinte años de vida conyugal, ningún cambio notable. A todo esto, los perritos chillan, la mujer en estado de histeria golpea con los puños las paredes metálicas del ascensor, y ahora dice: «¡Sádico!, inventaste esto porque sabes que sufro de claustrofobia»; él responde: «¿Tú? Y ¿desde cuándo? ¿Es que has sufrido alguna vez de alguna cosa que no haya sido la pérdida de tu primer novio (ahora se mofa del nombrado), aquel imaginado héroe de la Marina mercante, que se te fue con una negra de Martinica?»... Cuando está a punto nuestro personaje de enterarse de la historia enunciada, ¡¡zas!!, se abren las puertas de ascensor, y entre aplausos puede contemplar en el pasillo de la planta baja a un grupo de vecinos aplaudiendo efusivamente al marido de la conserje, quien luce en su mano una palanca larga y gruesa con la que acaba de realizar la hazaña señalada. La pareja descubierta sonrío circunspecta, se toman de la mano; ella se coloca los dos animalitos sobre el pecho en señal de protección y salen, muy ufanos, apenas dando los buenos días a los demás con una inclinación de cabezas.

Nuestro sujeto acaba de recordar el codiciado portafolios azul y decide prescindir del automóvil (puesto que acaba de recordar que no posee ninguno). Cruza la avenida y en la parada se dispone a esperar un autobús de los que señalan

Bárbula-Terminal. Apresuradamente, y «siempre listo», saca su libreta de notas y apunta, con la letra producida por los vaivenes del transporte, el diálogo que acaba de escuchar en su celda-ascensor. Pierde la noción del recorrido del por puesto. En una parada x (¿la del cafetín del 007?), se sube un cieguito con un bastón enorme que le sirve de lanza para agredir a los pasajeros por si se niegan a dar limosna; un niño que le acompaña entrega papelitos puesto por puesto (más que entregarlos, los coloca golpeando sobre el regazo de los pasajeros). Nuestro personaje vuelve en sí, lee la nota. Esta se refiere a la historia de «este pobre ciego, sin padre ni madre», pero sí con hijos, que requiere de tantos miles para hacerse una operación y que ha recurrido a fulano y mengano, cirujanos optometristas, quienes le cobran tanto por la tarea. Un grito destemplado saca al personaje de su concentración en la discusión escrita de los cirujanos acerca de los últimos adelantos en combatir las cataratas. El ciego ha comenzado a cantar, o a simular que lo hace, de pie, al fondo del autobús. Los pasajeros parecen todos sordos porque ninguno aparenta percibir los chillidos ejecutados. Nuestro sujeto, a los pocos minutos, cree reconocer en aquello una canción que cantaba su mamá tiempos ha, y que hablaba de una «mirada serena» algo de: «Aquellos ojos tuyos, de mirada serena»... Toma nota del detalle para un próximo cuento, en el cual pueda combinar la evocación de su madre lavando en la batea los pañales de sus hermanitos y la presencia del ciego con su bastón-lanza. Guarda el cuaderno y recuerda que en alguna parada deberá descender para buscar el portafolios azul de sus tormentos.

Rápidamente, hace un recuento memorial de la última vez que vio el azul del portafolios en su recuerdo. Cree ubicarlo al cerrar los ojos en la reluciente barra del Chaplin, al lado de los vasos y el platico de aceitunas ya vacío. Detiene el autobús, se

baja y camina unas tres cuabras. Los mesoneros están jugando tiro al blanco con piedritas con el portero; chalecos grises, pantalones de rayas negras, demasiada elegancia para las once de la mañana. Le abren la puerta con cortesía y susurran entre ellos acerca de las ojeras y el porte medio desequilibrado en el andar del personaje, y voltea y los contempla desde la cúspide misma del Olimpo. La barra está demasiado oscura, ni siquiera pueden distinguirse las fotografías que decoran las paredes (de Cary Grant a Jessica Lange); al acercarse al barman, soporta todos los chistes imaginables acerca de «¿desde ahorita?»... Resultado: todos desconocen el paradero del portafolios deseado; hay quien le pregunta si no lo habrá imaginado, y hay quien le alimenta una nueva angustia al recordarle que la misma barra es frecuentada por unos cuantos de su calaña y que no falta quien robe sus argumentos, tramas y, a veces, hasta textos íntegros. Se da cuenta de que no había pensado en esa variable. Recuerda los genios y figuras de su colega: el gordo de la cachucha permanente (Chaffardet, exboxeador), el bigotón Marcelo de los poemas sobre el mastranto y el ordeño, el flaco Krisnamurtiano, la poeta de las bragas anaranjadas... ¿Serían capaces de semejante acto delictivo? No puede responder. Sale del Chaplin profundamente desconsolado. Decide caminar, ha hecho una lista por escrito de lugares posibles. Va a Gordis, la tienda para gordos de sus amigos los Pérez. Llega en el preciso instante en que una gigantesca obesa ha decidido entrar en un bikini decorado con bacterias. María de Pérez le hace señas de que no entre para no avergonzar a la gorda. Sus nervios lo obligan a encender un cigarrillo y no esperar en la puerta, entra al puesto de los alemanes, pide una cerveza negra (tiene la manía supersticiosa de que las negras son más tranquilizadoras que las rubias, él sabrá porqué...), cuando se lleva el vaso al borde de los labios con pulso tembloroso,

Blas Pérez lo ve a través del cristal, entra al lugar, pide otra fría. Antes de relatarle su tragedia, Blas le está contando la de un gordo que ha venido a la tienda y para quien la cinta métrica normal no ha sido suficiente en la ejecución de medirse la cintura, «cincuenta y seis es la talla máxima de *blue jeans* que hemos podido conseguir, te imaginarás la tragedia del gordo... la novia lo tiene en tres y dos, lo quiere, pero con *blue jeans*»... Nuestro personaje consume su cerveza en silencio, no se atreve a hablar de la nimiedad del portafolios azul marino, ¡frente al drama del gordo, sería una solemne bobería! Saca su libreta de notas, toma apuntes sobre el asunto del gordo despechado, se le ocurre que puede armar una estructura anecdótica en paralelo con el cuento del estudiante que debe conseguir una rosa en pleno invierno para que la dama lo acompañe al baile... Rosa-*blue jeans*, piensa, cuestión de época. Se despide de Blas sin revelar su verdad. Decide continuar en la insaciable búsqueda.

Toma de nuevo el autobús, repleto de estudiantes; de pie, entre la turba, observa una señora que gimotea, saca un pañuelo de encajes y seca sus mejillas. Se desocupa el asiento a su lado, nuestro sujeto se apresura a colocarse en el sitio para escuchar la historia, la señora lo saluda con una sonrisa y comienza con un: «Perdóneme, usted pensará que estoy loca, pero necesito hablar con alguien»... La historia aparece: viuda hace una semana, enfermera del Hospital Central, intenta cobrarle al seguro, su marido se cayó del andamio de un edificio en construcción, albañil independiente (pero asegurado), resulta que no estaban casados, es decir, eran concubinos, el seguro no quiere reconocer el vínculo. A ella no le importa eso tanto como lo otro, lo de dormir en cama fría. Nuestro sujeto se queda pensando en el asunto de la frialdad de la cama, debió ser una brasa aquel... y ¿cómo puede hablar de frío en una ciudad como esta? La señora le da detalles. Él está a punto

de sacar el cuaderno de notas, pero le parece que podría asustar a la señora. Se despide y baja en la próxima parada de Naguanagua, va camino a la tapicería de Héctor. Recuerda que vino a apoltronarse aquí la otra tarde, la mamá de Héctor hace buen café... Las montañas de Bárbula se contemplan desde aquí como si se tratara de un film documental turístico y de paso, revisar los muebles sujetos a tapicería nueva le producen el extraño goce de imaginar a sus dueños y visitantes (cuentos previsibles). Héctor lo recibe sin voltear a mirarlo, clavetea tachuelas en una poltrona Luis XV. Héctor le cuenta que anoche arrastraron a su hermanito Juan Pablo en una redada que hubo en la arepera La Única (lugar conocido por nuestro sujeto, puesto que allí acostumbra a cenar arepas de chipichipi y jugar maquinitas). Héctor dice que su mamá no está, no hay café, ni nada, porque ella se fue a averiguar dónde lo tienen al Juan Pablo. Lo peor es que no se sabe si fue la guardia o la policía... Nuestro personaje revisa las poltronas y va palpándolas hasta localizar la más «muelle». Se sienta. No se atreve a citar el portafolios azul. Héctor nota el excesivo silencio. Un grupo de liceístas pasa en amena plática, los dos dejan ir sus lánguidas miradas detrás de pantorrillas, rodillas, balanceadita de caderas, pelos *punk* y sonrisitas picarescas. Hondos suspiros. Héctor se lava las manos y propone unos espaguetis a la boloñesa en El Graduado, frente a la parada. Nuestro personaje no sabe si le pasará bocado, de nuevo está pensando en todos los concursos que había previsto ganar con los manuscritos del portafolios azul, las deudas pendientes, las novias aptas para ser seducidas con los diplomas y las medallas, y un no se qué se le coloca en el centro frío del estómago. Pero accede y acompaña a Héctor.

Pide una sopa de rabo cuando ve al goloso engullirse los espaguetis.

El fulano de El Graduado sale con el delantal puesto y les propone que prueben este picante que le acaban de mandar del mismísimo Chachopo. De paso se instala en la mesita, y con la página de internacionales casi metida en la sopa de rabo, lee sobre el asunto de los «contra» y los israelitas; les pregunta su opinión. Antes de que nuestro pendenciero personaje abra la boca, Héctor desarrolla un discurso con pelos y señales que despierta la curiosidad de otros comensales, quienes definitivamente se vienen acercando a la mesa. El sujeto protagonista aprovecha y se pone de pie al final de su sopa de rabo, aceptando que todos lo ignoran. Sale en puntas de pie, y en la parte delantera del comedero se encuentra con las maquinitas de Atari, decide jugar una partida antes de salir en su búsqueda insaciable. Se trata de que tres monstruos-arañas agarren al extraño animalejo, este debe cruzar laberintos y disparar, tiene tres oportunidades.

El partido termina y el personaje sale silbando una de Yordano, muy ufano.

Se detiene en la acera y por la avenida ve pasar con sorpresa varios camiones militares repletos de guardias armados de ametralladoras. Su sorpresa está igualmente denotada en los rostros de todos los que le acompañan en la parada de autobús. Una señora, con la lechuga sobresaliendo de su bolsa de supermercado, comenta que hubo una emboscada en la frontera y murieron treinta y dos soldados, y que el edificio abandonado de La Campiña, aquel de la cruz roja inicialmente destinado a un puesto ambulatorio, estaba siendo ocupado por la guardia para montar un comando. Nuestro personaje ve el pelotón encaminado, y por un instante olvida de nuevo su portafolios azul marino. Nuestro personaje decide caminar justamente hasta el centro comercial de La Campiña; se le ocurre que pudo haberse detenido en la pollera de la esquina el último jueves en la tarde, hace cinco o cuatro días. En realidad,

acostumbra a llegar allí a ver la televisión y tomarse algunas cardenales o polares con el grupo, casi para contrastar con la barra del Chaplin, escuchando las conversaciones telefónicas de aquellos que hacen cola frente al teléfono público, y que van desde una doctora que aplaza sus citas cada vez que se le presenta un chance con un buenmozo hasta el estudiante que acusa los bolsillos vacíos a su atenta y solícita madre, quien trabaja allá en Tucupita haciendo arepas y lavando pisos para que él sea universitario.

En la puerta se instala el mesón de los sellados de las carreras de caballos y entonces las colas se bifurcan entre el teléfono y la búsqueda de la papeleta, mientras otros hipnotizados esperan que les sea empaquetado su pollo para llevar, contemplando las lágrimas desesperadas de ella en la pantalla del televisor, quien ya sabe que él se ve con otra cuando dice que va a una cita de negocios, y que tendrá que decidir entre su vida rigurosa de profesora seria y solitaria o seguir en este tormento de aceptar las mentiras de él haciéndose la loca.

El sujeto se sienta frente a una mesa, saca su billetera, revisa la economía, certifica que todavía guarda en reserva un par de chequecitos (honorarios por «artículos de opinión»), renta en orden, gastos al margen. Puede, efectivamente, tomarse algunas cervezas y hacer la consulta a amigos y conocidos acerca del paradero del portafolios azul marino, guardador del manuscrito de la historia. A su lado, dos comensales conversan engullendo *pizzas* y pollos, el sujeto pone oído avizor y se entera de que la contienda fue en la sierra de Perijá, y murieron un capitán y ocho guardias en una emboscada, pero... piensa... pero: «¿y los otro treinta y dos soldados de que hablaba la señora de la lechuga?»... Toma otra fría, se fuma un Belmont, alguien dejó un diario sobre su mesa, no es el diario completo, es una página del cuerpo C; el personaje decide leer la anotación de su horóscopo para hoy: «La comunidad o la velocidad en sus

esfuerzos puede establecer una diferencia sustancial, difícil de imaginar o calcular. Intente de vez en cuando estrategias arrolladoras, de un ritmo intenso o violento...».

Nuestro héroe-protagonista intenta seguir las directrices de su signo que le envía a ser arriesgado y audaz pero, con asombro, percibe que no puede ni siquiera ponerse de pie para «hacer el cuatro». Se queda sentado, presupone que el número de cervezas ingeridas hasta ahora ha sobrepasado los límites de su lucidez, decide esperar, y entre en ese estado de ensoñación vaporosa que la mayoría ya conoce, entonces, un extraño paisaje se desarrolla a su alrededor: Ana Rosa, la moza de La Flor del Líbano aparece con panes campesinos bajo las axilas, encaramada en un tanque de la Guardia Nacional, rodeada de soldados que la celebran, cuando el tanque viene encima de la mesa de nuestro personaje; el marido de porte doctoral de la señora de los chihuahuas aparece vestido de Lancelot y comienza a cantar un estruendoso *rock*, el que progresivamente se convierte en el aullido de un lobo herido; Juan Pablo, y su mamá traen un ramo de margaritas y llaman a Héctor, quien les grita que no puede atenderlos porque tiene una cita muy importante con el poeta Ernesto Cardenal; el ciego del autobús con su lanza-bastón metálico anda del brazo con la viuda-enfermera del cuento, y ambos bailan un tango espectacular que implica el apartar las mesas en la pollera; la gente de la cola del teléfono arma un escándalo en protesta, y en ese instante la doctora que se disculpa de los pacientes ve aparecerse a uno de ellos a través del auricular, quien lujurioso, se la come de un solo mordisco; pero aparece el portero del Chaplin con su chaleco gris y la agarra por un pie y hala, tratando de sacarla de la boca del glotón telefónico. Blas y María Pérez vienen acompañados por una gigantesca pareja de gordos y cuatro gemelos gorditos, vestidos todos de igual modo, formando parejas, y bailan lo que inicialmente

fue un tango y ahora es un chimbangle de San Benito; todos corean entonces: «San Benito lo que quiere es que lo besen las mujeres»... Nuestro personaje siente un movimiento circular de todos aquellos y una cercanía a su persona cada vez más peligrosa hasta que los ve fundirse como manchas de colores diversas, en un solo tono, un azul que de pálido prismacolor pasa a marino, azul marino de portafolios portador de manuscritos, y sobre la portada logra distinguir algo como un jeroglífico en el que puede leerse, no sin dificultad, la palabra «carne». Llegado a este punto siente una sacudida localizable en su brazo izquierdo y repentinamente se descubre en una mesa de la pollera con la mano del mesonero presionándolo.

«¿Qué pasa? ¿De qué carne estás hablando?, tú no has pedido sino cerveza». «¡Ah!, ¿qué?»... El sujeto se sacude... pide la cuenta, saca la billetera, paga como si fuera un robot automático, se pone de pie, y en un total estado de éxtasis sale del lugar para pensar mejor en la clave que su sueño acaba de transmitirle. Se dirige entonces con paso presuroso a la carnicería de Hermógenes Chávez, entra apartando a la clientela y se acerca a la caja, en donde doña Amanda toca botoncitos, abre la gaveta y mira, desde la postrimería del arco superior de sus anteojos, con el lápiz siempre atento detrás de la oreja derecha.

Aguantando la respiración, nuestro sujeto hace la pregunta del caso:

—Doña Amanda, por pura casualidad, no se me habrá quedado sobre esta estantería, el jueves pasado, cuando vine por un medio kilo de hueso para caldo...

—Recorta, recorta, por favor...

—Sí.... —toma aire y prosigue—, una carpeta, es decir un portafolios con tapas y liguero.

—¿De qué color?

La pregunta de doña Amanda casi produce un desmayo de nuestro personaje.

—Azul... azul marino.

Doña Amanda alarga su mano y de un lateral de la caja registradora cercana a la pared tomó justamente lo descrito y lo entrega en manos del sujeto.

La *Novena sinfonía* de Beethoven se escucha entonces a todo dar, parece ser coreada por los pedazos de reses que cuelgan en la carnicería. El personaje abraza el portafolios, y comienza a abrazar a todos y cada uno de los clientes y dependientes de la carnicería de Hermógenes Chávez y doña Amanda del Pino. Todo suena, todo es fiesta; se escucha el *Aleluya* interpretado por los motores de los automóviles en la avenida principal de Naguanagua. Todo es devoción, gritos y aplausos. Nuestro personaje sale del negocio saltando como un equilibrista, como un bailarín del Ballet Nuevo Mundo; se encarama a postes telegráficos, hace piruetas, sonrío a los policías, baila un pase de bolero con una estudiante agarrada infraganti en la parada de autobús, vuela, retoza; vuelve a las mesitas de El Graduado, se apertrecha en un banco y cautelosamente, abre las ligas del portafolios azul. Llena sus pulmones de aire, y comienza a releer por duodécima vez el manuscrito:

«Aunque, asumiendo un actitud de extrema sinceridad, de ;descarada sinceridad!, habría que señalar nuestra duda acerca del rol protagónico en este caso. ¿Es el personaje o es el manuscrito?»...

(1995)



## Uniforme número seis

Nada más. Ni una línea escrita, ni una nota para la tintorería, ni un *ticket* del cine, ni una servilleta arrugada y menos aún una libreta de direcciones. El resto del escritorio es una superficie perfectamente limpia.

Revisé las gavetas adicionales anoche mismo, otra desilusión: un calzador de zapatos, trenzas de repuesto para las «gomas» de jugar en el campo. Nada. Ningún indicio de la vida que llevaba.

Voy al baño, ya deben estar esperándome. Entro a la ducha y se me ocurre que él debía colocarse exactamente en este mosaico bajo la regadera cuando se duchaba, me enjabono con lentitud. ¿Tendría amigos? Esa muchacha de la fotografía debía significar algo especial para él, para haberla colocado allí junto a la nuestra. ¿Cómo saberlo?

Desde la ventana del baño puedo escuchar cierta algarabía en la calle; es natural, los buhoneros rezan desesperados su mercancía, venden vírgenes marías, san joseses, niños jesuses, pastores, ovejas, casitas de cartón, espejos mínimos para simular pozos de agua, palmeras metálicas, pesebres, incienso,

escarcha para la estrella, para las nubes de los cielos dibujados. Pero el que no armó su pesebre hoy ya no lo hará, esta noche nacerá el niño. Hay que venderlo todo pues, rematar a precio de gallina flaca.

Terminada la ducha, seco mi cuerpo con frotos fuertes de la toalla, así lo hacía él, seguramente. Abro el gabinete del espejo: algodón, crema de afeitarse, afeitadoras desechables, dos, tres, una brochita de las viejas, para regar la espuma en la cara, «jeanmarífarina» (ya no se usa, qué extraño), y... Valium de quince miligramos, ¿para qué? ¿Cuándo?

Agarro el frasco y voy a sentarme a la cama con la toalla sobre los hombros, ¿cuándo aprendería a tomar estas cosas? Mi memoria atraviesa décadas, y estamos en la Navidad de sus ¿dieciséis, diecisiete? Un pantalón de dril gris, reformado de uno que perteneciera a su abuelo. La camisa es de mangas largas, rosado suave, con líneas apenas perceptibles. Sonríe, en la cocina están sus compañeros de liceo, Jacinto Pata e loro, Ochoíta y la Cecilia. Él destapa la botella de ron, quiere hacerlo con naturalidad, como si hubiera destapado muchas en su vida, como si hubiera tomado muchas en su vida. Cecilia le tiene los ojos clavados, lo desnuda con la mirada, Pata e loro hace un chiste y las carcajadas estallan, sale el vapor de la olla gigantesca, huele a hierbas, a carne cocida, a hallaca, a sudor adolescente, a vino Sagrada Familia, a pólvora, a luz de bengala; una línea de miradas se cruza secretamente entre Cecilia y él, está en el aire, el ron es para darse el coraje; dentro de unas horas su cabeza y sus ojos y después sus piernas, su torso, su cadera, todo será libre al son de los vuelos de su corazón seducido; debía pensar: de los corazones de ambos, pero siempre tuve la sensación de que el de las entregas totales era él, o al menos eso me hizo creer a lo largo de todos estos años.

Termino de vestirme, paso a recoger sus pertenencias, todo entra en el pequeño maletín que traje, la maleta llevará exclusivamente los uniformes.

Dejo todo preparado y bajo a la recepción. La señorita encargada me sonrío con condescendencia, asume mi papel de circunstancias.

El entrenador y el apoderado del club me acompañan en el automóvil, nos miramos y conducimos silenciosamente; pienso en el tiempo que pasó él al lado de estos hombres, diecinueve años de su vida, más de lo que yo lo tuve cerca, y ellos no saben más de él por eso (o acaso prefiero pensar que soy yo quien le conocía, para consolarme) mil preguntas me acosan, pero no las pronuncio, las dejo dialogar en mi imaginación.

Atravesamos el Paseo, a lado y lado de la avenida el griterío de los buhoneros y el colorido del movimiento me recuerda la cercanía de las fiestas nocturnas, a las doce el nacimiento del niño, el Mesías, como dicen los aguinaldos, como rezan los salmos, el Hijo del Señor. Lo veo todo como una película, como una escena de televisión.

De nuevo mi memoria juega a llevarme a otros espacios, Nueva York, 1972, ¿quién pensaría que alguna vez íbamos a tener una Navidad «gringa», con nieve, árboles de Navidad insólitamente abigarrados, pavo relleno, nueces, especies, villancicos en lengua desconocida?, allí estábamos, contemplando el mundo desde un balcón ajeno a nuestro sol, la cadencia de esta lengua almibarada. Él había sido contratado para la Serie Mundial, meses sin vernos y de pronto un boleto de avión, algunas fotografías a color, una desconocida a su lado, dos niños. No había contado nada, nunca lo hacía, ni cuando era niño; me acostumbré a sus silencios, su intimidad era un derecho inviolable, a lo mejor yo le enseñé a ello sin proponérmelo.

Me recibió envuelto en abrigos de género grueso y elegante, los guantes y la bufanda lo hacían parecer un retrato de alguien desconocido, un maniquí de revista extranjera; el abrazo, las frases en castellano, me sacaron del sopor inseguro de los trámites del aeropuerto. Fueron unos días difíciles para mí, creo que para ambos, lo sentía distante escuchándole hablar en otra lengua, besar esa esposa rubia, mecer sobre sus piernas aquellos niños que más parecían extraños que sus propios hijos. Tomamos champaña en el balcón, un muñeco de gigantescas dimensiones, trajeado de San Nicolás en la síntesis de las líneas del plástico acorazado, nos recordaba la fecha que celebrábamos: volvía a ser él cuando estábamos solos y yo podía reconocer esa sonrisa tan suya, esa mirada de calor estallante.

Pasaron varios años para volver a saber de él por su propia voz, sin embargo podía localizarlo en la imagen de los periódicos, supe así del divorcio, el escándalo, el final de su contrato y años después lo ubiqué en este club de una ciudad de provincia, haciendo una labor didáctica, y reencontrándose con algunos de sus camaradas adolescentes de otra época más feliz.

Ahora estamos en el club, Jacinto ha tomado las llaves del *locker* para retirar las pertenencias, los demás observamos, así van saliendo y los recibe: Un uniforme (el número seis, el que usó durante los últimos diecinueve años), un par de zapatos de juego, cuatro bates marca Louisville, tres mascotines de inicialista y una estampa de la Virgen de la Divina Pastora.

Recojo todo, no puedo evitar una lágrima que se escapa por detrás de mis lentes oscuros.

Regreso al hotel, a su misma habitación. Mientras guardo las nuevas pertenencias, me adormece un sonido de regaderas abiertas, alguien entona una guitarra en otro cuarto, y alguien recuerda un tango desde el eco de su ducha: «En la doliente sombra de mi cuarto / pero no hay nadie / no viene...».

Duermo, el cansancio me vence. Al despertar son las seis de la tarde, observo que he sido diligente en el ordenamiento del equipaje, las maletas me miran desde el piso.

Recuerdo el entierro, ayer; el estadio universitario estaba abarrotado de gente, y yo lo imaginaba en el rostro de cada uno de sus compañeros de equipo. Todos de pie cantaron el himno nacional, creo que estaba como dormida o no podía acostumbrarme a que él ya no estaba. Solo hoy tomo conciencia de lo que ocurrió, y un destello de felicidad melancólica me embarga. Él hubiera sido feliz de saberse despedido de esa manera.

Alguien toca a la puerta de la habitación. Abro.

Es un niño. Me sobresalta verle, tiene unos ocho años y lleva puesto un uniforme de jugador de pelota. Acaso es mi hijo que viene a recordarme con más ahínco su historia; en segundos me recupera la presencia de un adulto a su espalda, distingo a Jacinto.

—Señora Clemencia, este es mi hijo... veníamos a invitarla, si no se ofende, o si no la molestamos, ¿le gustaría pasar la noche de Navidad con nosotros?

Por un instante dudo. Pero, ¿por qué no?, ese niño podrá hacerme recuperar por unas horas al que tuve hace cuarenta y cinco años. Respiro, miro la luz de la ventana, los fuegos artificiales están comenzando a dejar al descubierto los hilos luminosos de la noche.

—Sí, hijo, gracias, iré con ustedes.

Voy al pasillo y frente al espejo del baño, paso un peine por mis cabellos y sonrío, como solía hacerlo él.

(1993)



## Un imposible espinoso horizonte marino

Siempre fui una niña tranquila y taciturna, ello trajo como consecuencia que lo que vivía como estado de ensoñación se convirtiera, para las maestras y para otros adultos también, en una especie de patente de corso para ayudarles a «meter en cintura» a otros niños más díscolos o, simplemente, menos tímidos que yo.

Nadie se detuvo a considerar que, probablemente, yo sentía una fuerte atracción por ese tipo de niños que, sin ton ni son, se atrevían a ser y decir todo aquello que me asombraba o que mi natural cohibición me impedía ejecutar.

Así fui creciendo entre maestras que «me ponían como ejemplo» frente al grupo, por mis prolongados silencios, sin saber nada sobre la gran distancia que hay entre un silencio asumido y la imposibilidad de hablar, o mi supuesta naturaleza sumisa a la hora de ejecutar sus órdenes (cosa que en realidad nunca hice, puesto que para mí se trataba de una especie de «seguirles la corriente», lo que me permitía pensar en lo que deseaba y ejecutar en mi espíritu una suerte de malabarismo, absolutamente desligado de los propósitos de todos estos adultos llenos de reglas y esquemas elementales).

Mi cabeza viajaba, las imágenes de mis sueños se convertían en verdaderas novelas que ocupaban todo mi espacio mental mientras mecánicamente llenaba cuadernos de planas, sacaba punta a los lápices, me quedaba absorta mirando a la maestra, como si sus palabras pronunciaran la mayor de las verdades. En realidad no la oía, probablemente tampoco la miraba, yo no estaba allí, viajaba.

Por eso, cuando inventaban para mí esa extraña tarea de convertirme en una especie de «ordenadora» de los dispersos, sedante de los intranquilos, agüita mansa de los aventureros, creo que mis maestras no sabían lo que hacían. Buena parte de mi serenidad era falsa, era, es, eso que en lenguaje del refranero popular se llama «llevar la procesión por dentro», o más bien aquello de «líbreme Dios del agua mansa, que de la brava me libro yo». Insisto en que mis maestras no estaban en capacidad de captar tal cosa, de manera que allí estaba yo, con el más díscolo de la clase, sentado a mi diestra, y ella llena de esperanzas, haciendo votos para verme convertir al travieso en una inofensiva ovejita.

La segunda parte de la historia general podía tener dos lecturas: por una parte, podría decirles que con frecuencia las maestras y otros adultos quedaban conformes con mi acción. Las apariencias decían que el susodicho travieso había pasado a ser un muchachito «juicioso», que sabía hasta saludar y sonreír con respeto, que permanecía más tiempo del horario escolar, aparentemente concentrado en las tareas asignadas por la autoridad del salón y, con frecuencia, hasta su aspecto físico entraba con más facilidad en las convencionales normas del arreglo personal. Como pueden suponer todo parecía perfecto y el método «didáctico» señala sus frutos, como la pedagoga había planificado.

Pero... y aquí vamos a otra lectura de la situación: la verdad, el trasfondo profundo de los hechos, era otro.

Mi historia con Espinosa se remite a unos de estos capítulos de espinosa esencia. Espinosa era uno de mis compañeritos de quinto grado, tendría entonces, a lo sumo, unos diez años igual que yo.

De Espinosa recuerdo sus enormes ojos marrones, una blancura excesiva de piel, una risa sonora y constante, y una abundante cabellera que siempre llevaba peinada hacia atrás, tan brillante como si usara gelatina en ella.

La maestra habló, pues, con Espinosa, y nos colocó a ambos juntos en uno de esos pupitres dobles, de recia madera y noble brillo que no puedo olvidar, igual que a Espinosa.

Los crayones de cera se convirtieron en la antena que inició nuestra cercanía, yo tenía una caja grande con mucha variedad de matices y Espinosa comenzó por expresar su disfrute por la pasión con la cual yo intentaba colorear cuanto dibujo mandaba a hacer la maestra.

Progresivamente fue desviando su tenacidad por las ligas y los taquitos, por el inicio en profundos anaranjados o el expandirse en ampulosos azules de mar. Espinosa, en medio de mis silencios, los cuales intentaba romper con chistes continuos o picaditas de ojo que me desconcertaban, empezó a desarrollar una curiosidad, inesperada para mi timidez, por cuanto cosa yo hacía. De ese modo, mis dibujos pasaron a ser obra a cuatro manos, y las tareas escolares en las cuales él tenía dificultades fueron muy pronto también mis tareas. Duplicar mi trabajo no me causaba mayor percance, para ser sincera, creo que aprendí a disfrutar aquel asunto dado que, a cambio, recibía su cercanía con olor a agua de colonia Jean Marie Farina, y el roce de sus mangas largas de aquellas camisas de caqui del uniforme de los varones, también con

rigurosas corbatas en la misma tela. Las enormes pestañas de Espinosa y el calor de sus sabrosas ocurrencias bien valían un veinte para él en la clase de composición, asunto que para mí era pan comido. Valía el escucharle decirme al oído cuál sería su próxima fechoría a la silla de la maestra, lo que equivalía sin discusión y sin que ni siquiera él lo propusiera el resolver su dibujo del aparato digestivo, con señales y todo, de boca, faringe, esófago, estómago e intestinos, todo numerado y a color.

La cosa se puso aún más afanosa cuando papá, en una tarde solemne, nos anunció a todos en casa que muy pronto nos veríamos obligados a cambiar de ciudad, dado que razones laborales (o del comer para vivir) nos llevaban a ello. Recuerdo que las únicas palabras que mi cabeza iluminó como un enorme aviso en pantalla panorámica, decían «¿Y Espinosa?!» en el más intenso color púrpura de lápiz de cera que puede imaginarse.

Las semanas que siguieron a la información de nuestro próximo viaje se me convirtieron en un respirar para sentir a Espinosa, y para colmo sin poder decirle nada, o sencillamente, sin saber que esas cosas pueden decirse, aunque de nada sirva tal hecho.

Presiento que no hubo despedida.

Salimos de la escuela para siempre en esa ciudad un diciembre, al enero siguiente ya vivíamos en otra ciudad; guardo un recuerdo un tanto difuso de la fiesta de despedida de ese año. La maestra (la misma indefensa y elemental) me dejó cuidando el salón en donde las moscas merodeaban sobre los pasteles y las chucherías, mientras los otros niños bajaban a bailar al salón grande (ella, la maestra, suponía que a mí no me interesaba eso). Desde la baranda del balcón recuerdo que me dediqué a mirar a Espinosa bailando como un trompo, pero no como un trompo cualquiera sino como uno fino y elegante, con punta

alargada y diestra, se reía con alegría y cuando me distinguí con mi cabeza apoyada a la baranda subió corriendo las escaleras y sin que las maestras y los adultos se dieran cuenta, se metió al salón conmigo. Hizo todas las bromas que se le ocurrieron: abrió los regalos de todos e hizo desastres intercambiando cosas, le pegó algunas moscas a la torta y probó las chucherías, después insistió en hacerme bajar y hasta intentó hacerme bailar un poquito.

De esa tarde guardo impresos en mi memoria los enormes ojos de Espinosa, junto a su sonrisa. Después todo fue subir al autobús de la escuela y acaso algunas palabras sin sentido que después olvidé.

Con el correr del tiempo y los avatares de la vida he llegado a comprender entonces que, para mí, eso que se llama el deseo se parecerá siempre a un Espinosa díscolo, sonriéndome desde la distancia de su lápiz azul de cera, en el justo instante en que pretende colorear un imposible horizonte marino.

(1995)



# Atentado presidencial

La pantalla del televisor, la voz del locutor: un automóvil negro, gente que corre. 24 de junio de 1960, alarma nacional.

Hace solo siete días que él cumplió nueve años, entre el Toddy y los regaños de la señorita Carolina.

El televisor transmite el sonido de una sirena, ambulancia o patrulla, entre una confusión de soldados con fusiles al hombro. Todo está en movimiento y el niño presiente un golpe directo, en la sala de una residencia militar en donde un soldadito lo cuida. El padre se viste, se coloca la chaqueta con charreteras, lo despide con un beso; tiene aire solemne.

Entre la imagen del televisor y esta despedida hay un hilo invisible.

El locutor de televisión usa la palabra atentado, estalló la bomba, el Presidente salió ileso, murió el Jefe de la Casa Militar.

Él, desde sus nueve años, aún despide a su padre desde la ventana, y lo ve irse rodeado de sus subalternos.

Ella, en otro escenario, también tiene nueve años. Está acostada en el piso mordisqueando unas tostadas con mantequilla y toma de un vaso su Toddy frío de las noches.

Su padre explica frente a la pantalla del televisor, están haciendo una transmisión «por microondas»; su madre y sus hermanos escuchan mirando con interés las mismas escenas del automóvil y el retiro del cadáver del Jefe de la Casa Militar.

Falló el atentado, qué broma.

Escucha que dice alguien.

Ella presente, en el intercambio de miradas entre los adultos, que vendrán dificultades, que algo oscuro, oculto, se avecina.

Ahora vendrán los allanamientos. Dice su madre.

Pondrán preso a todo el mundo, dando golpes de ciego. Dice el padre.

El niño llora entre las sábanas, se acostó por orden del soldadito pero su padre aún no llega. Avanzada la oscuridad y entre sollozos escucha finalmente su entrada. El soldadito que le acompaña tiene una sonrisa de reposo. Su padre lo abraza.

Y ¿todavía despierto este muchacho?

Después escucha palabras nuevas, mataron al Ministro de la Defensa, al Coronel Armas Pérez, pero ya está todo bajo control.

Se adormece queriendo abrazar al padre, su olor de 4711, su aire sosegado.

Ella tiene pesadillas: su casa invadida por bayonetas, fusiles, hombres uniformados, en medio de la algarabía trágica, su padre sacado a empujones.

Los adultos susurran, las conversaciones adquieren un aire secreto.

Junio de 1968, o agosto o noviembre. Él es un mozo de cabellera abundante como Enrique Guzmán o Elvis Presley. Marinero en tierra ya sabe del horror, de la ley de la fuerza, del castigo, de las ambigüedades del alma.

Ella, con *blue jeans* y franela expresa su luto por el Che en Bolivia, (Ernesto / Camarada / tu muerte será vengada).

Sabe de Vietnam como de una roncha y participa en las manifestaciones frente al Consulado Americano (Sooolo queremos / un chance a la paz). En medio de las contiendas cotidianas, ya ha vivido de los tectos fugaces, y ese «encendido amor, del que me estoy muriendo».

Neil Armstrong pone sus plantas sobre la superficie lunar y flota balanceándose para el mundo.

Él: se fuga de la Marina y es desertor, después de cargar los cadáveres en bolsas plásticas, de los puertorriqueños. En ese nuevo andar nómada, *Mother* en el grito de John Lennon invade cada rincón de su cuerpo, y en otro lugar lejano ocurre lo mismo con ella.

Ambos saben ahora del mal y de que el mal ha llegado, para quedarse.

Ambos, desde lugares distantes, han convivido también con el grito sobre el escenario en aquel esfuerzo titánico de mandíbula comprimida y el sudor corriéndole por el rostro, el micrófono apretado entre las manos como si fuera la única tabla de salvación y: «Qué pensarían ustedes si yo / desafío al cantar la canción / ... Yo trataré de no desafinar / con la ayuda que ustedes me den / ¡Ayyy!, y si cantan ustedes también / trataré de llegar al final...».

El nomadismo afuera, la traducción del sentimiento a otras lenguas, el hogar, *home*, sin cordón umbilical y finalmente el retorno.

Puerto Ordaz o Puerto la Cruz, Aragua de Barcelona o Tovar, Ciudad Ojeda o San Cristóbal, San Juan de los Morros, Caracas. De Rosa Luxemburgo a Dylan Thomas. De Juana la Loca a Felipe el Hermoso. Terminales barrocos, agua Minalba o Browncola, llenar formularios, hacer antesala.

Muy atrás quedó el amigo en el árbol compartido de la escuela, los faroles encendidos a las seis, el Llanero Solitario y su amigo Toro, el Toddy caliente y las tareas hechas acostados en el piso frente a la pantalla encendida del televisor.

Igual que la piel incendiada furtivamente, fornicar dentro del automóvil, el interrogatorio carcelario, los amigos torturados, las noches en vela. Saber del amor en otras lenguas, amanecer tiritando de frío en lugares no imaginables, con paisaje de postal de viaje al fondo. En este largo viaje hacia la vida, en este largo viaje hacia la noche, en este largo viaje que no cesa.

La cotidianidad es el *software* y el sonido suave al fondo del aire acondicionado, la malanga crece y el cariaquito morao florece, y el jazmín aromatiza y los malabares dan flores también, entre mango y treyolí. Ella ha parido tres veces y se ve extraña en su gesto de señora divorciada-interesante.

El visita una hija los domingos, y van al cine, a la piscina, al Parque del Este, al McDonald's.

Y como en las películas «sueño americano», estos dos se encuentran, puede ser en la antesala de la Cinemateca Nacional, entre vetiver, Picasso o Ana Karenina, con espaguetis a la napolitana de fondo y por encima del Challenger y Chernóbil. Y son como dos selvas que se investigan tragándose, húmedos, vulva y leño, persistentes. Rosalía de Castro recordando que el musgo es para la roca.

Leer a O'Neill, Tennessee Williams tomando un carajillo resplandeciente y comiéndose un lebranche a lo largo de su espina dorsal, bajo un cielo de nubes de creyón Prismacolor.

Muy atrás ha quedado, nadie sabe por cuánto tiempo (porque el tiempo es una invención humana sin fundamento, aplazada en la revisión del final del siglo) aquella noche del 24 de junio de 1960 en la cual, ambos lloraron, por razones

muy distintas, temiendo un mal final sin cobijo paterno, por un atentado contra el Presidente, que ya, en este país, nadie recuerda.

(1999)



## La pensión de la calle Miraflores

Para llegar a la calle hay que contar tres cuadras a partir de Alameda. Eso significa, además, pasar frente al cerro Santa Lucía, las escaleras blancas, los fotógrafos con sus camaritas de cajón, el sombrero, el caballo, un pequeño caballo inmóvil, de ojos de vidrio y silla de listones, para subir a los niños con su trajecito de domingo, y tomar la foto que irá al álbum familiar.

Frente a la placita está el Museo y la Escuela de Bellas Artes. Uno sigue por la misma acera hacia abajo, tres cuadras justas. Es decir, deteniéndose en ese punto de la Alameda, en la esquina, a la izquierda. En el camino hay una vieja librería que vende revistas, en un lugar rentado por una señorita de unos cuarenta años, de estatura mediana, cabello gris, quien siempre tiene puesta una bata gris. Ella compra y revende libros. Son cosas viejas. Hay varias colecciones de revistas; las vende muy barato. Una colección de revistas femeninas de los años cuarenta sale por trescientos escudos; es un buen precio. Más adelante, una casa azul que es una venta

de anime, ese material blanco que se utiliza en pequeños trabajos manuales. Es curioso entrar porque se consigue todo tipo de cosas allí, juguetes, adornos de decoración. La pastelería queda en la cuadra siguiente, pero habría que doblar a la izquierda y nos desviaríamos. De aquí se ve ya. Aquel anuncio alargado. Lucecitas de neón. Dice: El-Cor-do-bés. Y más arriba, en letras pequeñas: restaurante-parrilla. Es allí. Tiene una reja cerrada.

Aparentemente, pero al acercarse puede darse cuenta de que permanece abierta. La escalera está oscura, pero no hay nada que temer. ¡Ah! Esta calle que recorrimos es la calle Miraflores. No lo olvide.

La escalera es larga y dibuja una curva. Se llega a una especie de salón, muy modesto. El piso es de mosaiquillo rojo y hay dos poltronas recostadas a la pared, de tapicería plástica, de un color amarillo verdoso. Al llegar se descubre que la escalera no finaliza, continúa a la izquierda. Este es uno de los pisos de la pensión, con varias puertas y un pasillo a la izquierda. Siga el pasillo.

La primera puerta está abierta. Es el baño. Hay una bañera, una ducha, el lavamanos y el excusado. Una ventanita que da a las paredes de la otra casa.

Este baño es oscuro y resulta poco aseado. Salgamos.

Hay dos puertas más a la derecha, pero no nos interesan.

A la izquierda doblamos. Esa puerta del candado amarillo es su habitación. La de al lado es la de Mario. Mario es un muchacho que trabaja en la compañía productora de fósforos.

Toquemos a la puerta que nos interesa. Pero la habitación parece estar a oscuras. No se preocupe, nuestro amigo puede estar durmiendo. Alguien ha dicho que pasemos. Bien.

Quita el candado con cuidado y entran. La habitación, en efecto, está oscura, y cuesta acostumbrar los ojos para poder distinguir el contorno de los objetos.

Hay una cama, y puede distinguirse ahora a un hombre pequeño, envuelto en varias cobijas, que estira el brazo y toma sus anteojos de la mesita de noche. Tiene el cabello revuelto. Hay también un enorme escaparate y una mesa con muchos libros colocados de manera desordenada.

—¿Cómo andás, che?

—¡Ah!, ¿eres tú? ¿Cómo te va, bien?

—Bien, allí... Mirá, che, conocé a un amigo venezolano.

El hombre se sienta en la cama para que su mano alcance al pie de la cama.

—¿Qué tal?

—¿Cómo le va?

Estrechan las manos.

—Mirá, este compañero acaba de llegar y no tiene dónde quedarse, y como vos me habías hablado de que esta pensión estaba tomada, y todas esas cosas, pensé que no te molestaría darle alojamiento por unos días, mientras consigue otro lugar.

—Fenómeno, che, no te preocupés, no lo voy a dejar a pie, aquí nos acomodaremos, un poquito incómodos pero...

—No se preocupe, está bien, muchas gracias.

—Aquí podés quedarte, dejá tus cosas en ese rincón, si querés salí, no hay problema.

—Bien, gracias, vamos entonces...

—... ¡Ah! Y ¿cuándo regrese? ¿Por quién pregunta?

—Que pregunte por el uruguayo o... por Andrés... ¡Ah!, muchacho, tenés que regresar antes de las once, porque a esa hora se cierra la reja de abajo.

—Gracias Andrés, vuelvo temprano.

—¿Vamos?

—Sí, vamos.

La gurisa tiene ojos de india, pequeños, oscuros, y una piel más llamada a ser del trópico que de por aquí. El cabello es

largo, y siempre llega con muchos libros bajo el brazo y un suetercito sobre los hombros.

Es entonces cuando Andrés, muy cuidadoso de la línea de sus pantalones y la raya del peinado de su cabeza húmeda, saca la bombilla del mate. La limpia. Coloca hierba nueva. Y la jarra de peltre, blanca, sobre la pequeña hornilla eléctrica. Se habla de Montevideo, se hacen chistes, se enciende la radio. Oscurece y Andrés enciende la lamparita sobre la mesa de noche.

Sobre la mesa, los libros han sido cuidadosamente ordenados; un tratado de economía política, algunas publicaciones de Marcha, hojas de papel en blanco, un lápiz.

La cafetera, la bombilla, lonjas de queso envueltas en papel blanco. Pequeñas pertenencias.

Las sábanas fueron cambiadas y colocadas cuidadosamente.

Una muchacha entra, él la sigue. Sonríen.

Cierran la puerta y la ventana. Alegría de domingo flota por toda la habitación.

Después, preparan un buen té, bien cargado.

El piso de la habitación es también de mosaiquillo rojo. Está siempre muy limpio. Se reúnen una vez a la semana. Está aquella muchacha alta, de cabellos claros, con su bebé, al que ya le salen los primeros dientes, y juega todo el tiempo a mordisquear un pequeño juguete de goma. Está el chico de la boina y la chaqueta negra. Está la pareja del primer cuarto. Y por último los invitados que varían, que son distintos cada vez.

Andrés habla de muchas cosas, cuenta anécdotas de la fábrica metalúrgica, las placas de metal volando sobre su cabeza, el horno, el litro de leche quincenal. O cuenta de Giuseppe Garibaldi, de cuando este estuvo allá, por el Uruguay.

En algunas reuniones no se le permite participar. Andrés dice:

—Mirá, che, hoy a la mañana tendremos una reunión acá en la habitación, es muy importante. Perdoname pero no te podés quedar, disculpame che.

—No hay cuidado Andrés, está bien ya salgo.

Se coloca el suéter negro, recoge algún libro y sale a caminar.

Llega el otoño sobre la ciudad. Una neblina espesa baja en la madrugada, y las líneas de los edificios aparecen borrosas.

El lenguaje, los términos manejados cotidianamente, ya son normales al oído, parecen la canción de toda la vida. No hay más referente que la palabra misma. La pensión es azul. Mario tiene novia con la que se casará muy pronto. En la semana llega regularmente a la habitación a la misma hora, cinco, seis de la tarde. Pero los sábados, todos saben que regresará con los ojos rojos de vino, tarareando no se sabe qué.

Andrés lee siempre, casi a oscuras con la luz de la pequeña lámpara. Se cansa de leer y prepara un mate. Sale muy poco.

El otoño cae sobre el parque forestal, y aun así, los paseantes no lo abandonan.

Flota también ese color, en la estación Mapocho, con las colas para comprar el *ticket* del tranvía, y los vagones detenidos.

Un poco más allá, el mercado persa. Los charlatanes instalan sus maletas sobre banquitos para comenzara el discurso del vendedor hábil, mientras la gente, casi sin quererlo, se agrupa alrededor.

Él piensa en la gurisa. Ahora sabe que es del sur de Chile. Trabaja como enfermera en un hospital, cercano a la calle Miraflores. Tiene un niño de tres años, a quien los domingos lleva a pasear por el parque.

El comité de toma del pensionado se llama Ho-Chi-Min, se nombraron ya los responsables de los turnos para la

limpieza, la comida, y el cuidado o vigilancia de la puerta. En la mañana salen todos a sus trabajos.

Al nuevo, a José, que se ha quedado, parece que para siempre en la pensión, lo colocaron como aprendiz en una pequeña imprenta. Regresa siempre al almuerzo y prepara la sopa en la hornillita eléctrica, que tiene en la habitación.

En la habitación, además de Andrés, hay un invitado casual, es con frecuencia la gurisa.

Se enciende la radio, y se conecta con la emisora de Montevideo. Entonces comienza un aire extraño, que los mantiene tensos, a la espera de algo que podría ocurrir, y que no saben exactamente qué es.

José, al principio, los observaba nada más. Pero ahora, también siente lo mismo que ellos. Escuchan noticias. Listas de nombres. Son los perseguidos.

Se come en silencio, hay una como complicidad secreta aunque no sepa a quién pertenecen esos nombres.

Una vez se enfermó, al llegar de vuelta de la tipografía tenía algo de fiebre. Después aumentó la temperatura y comenzaron los escalofríos y el desvanecimiento.

Andrés lo envolvió en dos frazadas y un viejo impermeable. Lo cuidaba bien. Compró naranjas y limones al vendedor de la esquina. Le preparaba té muy caliente, continuamente. Y en medio de la fiebre, lo vio en delirio reconstruir viejos recuerdos. Vio esas imágenes tejerse como un encaje, delicadamente, y vivir por instantes, en esa habitación.

A la mañana siguiente la fiebre había bajado, y se guardaron las palabras como valioso secreto.

En los periódicos se publicaban extrañas noticias. La situación no podía ser considerada de absoluta normalidad. Algo muy fuerte venía. Algo hermoso iba a ser destruido. Los sindicatos obreros estaban al tanto de lo que podría pasar; se reunían ahora con mayor frecuencia las juntas de vecinos, los

centros de madres, las juntas de aprovisionamiento y precios. Había días en que podía temerse lo peor.

En la pensión se sentía una agitación general. Se discutía en las noches, alrededor del mate; cada uno tenía una posición ante el hecho. Solo había algo en común: todos perderían si el acontecimiento se daba.

El allanamiento fue en las primeras horas de la mañana. Aún no se había bombardeado el Palacio Presidencial, y el compañero Allende hablaba desde allí.

La radio estaba encendida cuando llegaron los carabineros. Era el segundo boletín de la Junta Militar.

Traían cascos de plástico y los impecables uniformes.

La última vez que se supo de Andrés y de José, y de todos los demás, estaban presos allá en el Estadio Nacional, después los trasladarían no se sabe a dónde. ¿Dónde estará la gurisa?

(Maracaibo, 1974)



# Renacimiento

*A mi madre Lourdes Armas*

Enterraron al padre una mañana lluviosa de mayo. En la comitiva les había acompañado buena parte del pueblo. Después del oficio de rigor, el cura sacó su pañuelo y se alejó secándose el sudor en la frente. Los asistentes dejaron caer algunas flores sobre el féretro, y la hija rodeada de sus hermanos, todos varones, pronunció breves palabras en su honor.

A la mañana siguiente, cuando cada hijo hacía los preparativos para regresar a sus casas y pueblos, vinieron a avisarles que el ataúd, habiéndose salido de la tumba, flotaba libre por los terrenos del cementerio.

Se trasladaron al sitio para enfrentar el entuerto, y de nuevo contrataron enterradores y palas para proceder como era requerido.

En la tarde de ese día, en la tranquilidad aparente de la reunión, cada hijo tuvo algún motivo para inculpar a sus hermanos de anécdotas y circunstancias que inferían actos de abandono al padre. Hubo gritos y llanto entre ellos, y las situaciones desconocidas u ocultas de unos y otros salieron a flote.

Decidieron dormir como Dios manda para regresar a sus lugares de origen en la mañana.

Ya ataviados y pertrechos para las respectivas vías, vinieron de nuevo a notificarles que el ataúd se había resistido a su guarda, y no se sabe cómo había surgido de entre las entrañas de la capa gruesa de cemento y sobre ella, miraba al cielo.

Esta vez se organizaron mejor en la vieja casa. Eduilena, la hija, pasaba horas sacudiendo muebles que habían pasado años cubiertos con sábanas, obligados al reposo, y en su andar la mujer iba encontrando papeles, detalles, fotografías y otras huellas inesperadas en los estantes. Sus hermanos, Rafael y Fernando, la ayudaron a preparar la comida en ollas antaño usadas por la madre; recibieron visitas y revivieron uno a uno capítulos de sus vidas anteriores en aquel pueblo que los viera nacer.

Rafael, el hermano mayor, se ocupó directamente de regresar el ataúd a su lugar, pala al hombro, pie en tierra.

Sobre él recaían la mayor parte de los reproches de los otros, y consideró la tarea como la penitencia convenida.

Entre todos, tácitamente, decidieron permanecer unos días en el pueblo para asegurarse de que el incidente no se repetiría, y el ataúd habría de cumplir su misión como guardián, en el fondo de la tierra, dando reposo definitivo a los restos del que había sido el padre de todos.

Entonces, cada uno retomó amistades y circunstancias que habían dejado sin efecto al trasladarse, tiempo atrás, a otros lugares, amores y destinos. De manera extraña, era como reiniciar sus vidas con el derecho a usar la experiencia para evitar los errores.

Fernando, el menor, una mañana en que intentaba conectarse en la oficina de comunicaciones para saber de las incidencias de su casa, ahora lejana, descubrió entre los clientes del lugar a Leticia, su novia de la adolescencia, y todo pareció renacer entre los dos.

Las llamadas continuas a sus celulares, los correos electrónicos, los infinitos mensajes de quienes les requerían desde lejos comenzaron a mermar con el paso de las semanas y los meses.

Con sus nuevas vidas la casa resplandeció, las matas del patio volvieron a crecer recuperando vigor y colorido, se llenó de pájaros la estancia con los cuidados de Eduilena (ahora más joven en su aspecto, puesto que había borrado de su memoria cualquier dolor de los últimos años). Sus hermanos hacían otro tanto, y el pueblo empezó a manifestar un esplendor y una alegría propios del padre que recupera al hijo que consideraba perdido.

Ahora todos los domingos, rigurosamente, Eduilena, Rafael y Fernando, llevan flores al cementerio, y el ataúd del padre nunca más fue visto fuera del espacio primorosamente cuidado de su tumba.

(Valencia, 2004)



## El traje blanco con bordes azules

Un marino italiano, el traje blanco con bordes azules, celestes; rubio, ojos claros, rosado, fuerte. Tenía el sombrero en la mano y lo arrugaba. Las manos le sudaban. Estaba sudando la espalda también. El borde del sombrero se iba poniendo gris de humedad.

Tocó la puerta. Se bajan dos escaleritas y está la puerta, la tocó. Ella abrió. Era allá en la casa de Los Haticos, frente a la Coca-Cola. Ella abrió, pues; tenía el cabello recogido un poco, aunque lo llevaba corto, un tanto rizado, un pañuelito a cuadros atado a la cabeza, un delantal sobre ese azul del vestido; sin duda estaba limpiando la casa, cocinando o arreglando al niño, o leyendo cartas o preparando jalea, o qué sería.

El marinero se le quedó mirando un poco desconcertado, con ojos azules llenos de asombro.

Ella le dijo algo como «Buenas, ¿qué desea?». El abrió la boca, le dijo seguramente: *Signorina*, balbuceante, confuso digamos. Hacía mucho sol, en Maracaibo siempre hace calor y sol, a las once de la mañana, a las cuatro de la tarde, a toda hora siempre el sol.

Él le preguntó, con un papelito que venía arrugando en la mano junto con el sombrero, le preguntó no sé qué dirección. Ella sonrió, «ah sí, claro, ese es fulano de tal, que vive por allá», le dijo algo así porque se sonreía, se secó las manos en el delantal (o solo quiso tocarlo apenas en un gesto de timidez) y le señaló con el dedo un lugar a la derecha, algo lejano porque extendió el brazo y señalaba con el índice.

El marinero la miraba, le miraba el delantal, y miraba el pañuelito en la cabeza, y la sonrisa, y ese dedo señalando allá lejos algo de lo que él ya se había olvidado. La miraba todo el tiempo a la *signorina*; le gustó ese pelo rizado o esta manera de cómo secarse las manos en el delantal.

Ella, por fin, como que se puso de puntillas señalando, para insistir en que él se diera cuenta de que le estaba contestando a lo que le había preguntado, o para que viera que la tenía intimidada mirándola fijo.

Él reaccionó: «¡Ah! Allá... ¡Oh!, gracias, *signorina*, gracias, *molto gentile*» y se inclinaba, y le dio la mano, y le repitió las gracias cinco veces. Ella para disimular le decía: «Coja por esta acera y derechito va a ver cómo llega, si está muy cerca». Y él: «¡Oh!, gracias, gracias». Ella decía: «No hay de qué, siempre a la orden». Y lo veía irse como quien no quiere irse, y caminando siempre de espaldas, hasta que se tropezó no sé con qué cosa, le dijo adiós con la mano, todo apenado y siguió su camino.

Entonces, ella entró a la casa, y estuvo pensando un rato, solo un rato, en ese marinero italiano tan gentil y tan nervioso.

Él averiguó cómo se llamaba la *signorina*, de la casita de los escalones, esa frente a la Coca-Cola. Se llamaba Petra, pero le decían la viudita, porque era viuda. Tan joven y bonita y es viuda, pensaba él.

Supo que la viudita vivía con una hermana mayor y un sobrinito. Y que todos la querían mucho por esos lugares. El difunto marido de la viudita hacía caleidoscopios, los vendía allá en la plaza del mercado, también había trabajado como escenógrafo en la Compañía del Mocho Mariño, murió muy joven. Y ella, quedándose sola, había venido a vivir con su hermana mayor y el sobrinito, un chico de cinco años nada más.

El marino, cuando supo que el barco iba a partir, se fue hasta la casa de la viudita y como si nada le tocó la puerta, iba perfumado y radiante. Ella abrió; él le dijo algo como: «*Signorina* Petra, *io* he venido a despedirme, porque *il mio* barco debe zarpar, gracias *per tutto*, si no le molesta me llevaré su dirección porque quiero escribirle». La viudita le dio las gracias y el consentimiento, esta vez se sentía muy desconcertada por todo aquello dicho a la vez, no sabía exactamente qué contestar. Se sonrojó, le dio la mano y aceptó sus respetos. El niño se asomó por un lado de la falda de la tía, el marinero le tocó la cabeza con ternura al *ragazzo*. Se despidió de ambos y salió, nuevamente de espaldas, y siempre saludando hasta que se encontraba muy lejos y ya no se veía su mano.

Llegaban muchas cartas en papeles de distintos colores, de diversos tamaños, con membretes de distintas ciudades, de distintos países; y algunas venían de muy lejos, de lugares que una muchacha en Maracaibo, por aquellos años no podía imaginarse que existían, los nombres sonaban raros, exóticos, debían ser sitios tan diferentes de este...

Nunca contestó ninguna de esas cartas, no sabía qué decirle y además aquellas cartas eran a veces tan ininteligibles, estaban escritas en una fusión de italiano y español, la caligrafía, sin embargo, era cuidadosa, sin tachaduras, sin borrones, todo en perfecto orden y limpieza.

Pasó el tiempo y un día apareció nuevamente el marino, con su gorrito en la mano y un gran paquete envuelto en papel marrón.

Se le saludó con la mayor cortesía, se le hizo pasar a la casa, entregó el paquete a la *signorina* y preguntó si no habían llegado sus múltiples cartas; las respuestas eran esquivas.

Aquel paquete había sido cargado con demasiada ilusión para que no fuera destapado. Fue colocado sobre la mesa, sobre el mantel de cuadros y abierto el papel con todo cuidado. Un enorme pescado rojo, un gran pescado, uno como de ilustración de cuento. Se celebró el regalo, le dieron las gracias y se le sirvió café y arroz con leche (del que hace la tía Lola para el año nuevo).

Él, por su parte, contó todo lo que tenía que contar, hablaba de largos viajes y de países donde caía la nieve, y la gente usaba abrigos de piel de oso; habló de lugares exóticos, de especias y de mirra, habló del mar, de los grandes barcos, de los muchos puertos que conocía.

Después se despidió. Todos habían escuchado embelesados sus historias, y todos lo despidieron con la mayor cortesía

Y la tía Petra, en la puerta se sacó un pañuelito bordado y lo saludó desde lejos.

Después hubo muchas cartas más y algunos regresos, esos regresos eran tardes de cuentos nuevos, de dulces de hicacos y arroz con leche.

La *signorina* bailó alguna vez en casa, con la mano al hombro de él, y al ritmo del danzón, con aquel marinero italiano.

Y entre los regalos de él vino una gorra de marinero para el niño. Una gorra cuidadosamente bordada y cosida a mano por aquellos dedos gruesos y fuertes, quién sabe en qué largo viaje y atravesando qué mares.

Pero hubo también una despedida última, caminando de espaldas, diciendo adiós, *arrivederci*, lentico, para seguirnos viendo a todos. Y luego no se supo más de él, no envió más cartas, no volvió al puerto de Maracaibo. Quién sabe si se casaría en uno de esos sitios tan exóticos que nombraba siempre, quién sabe si ya lo esperaba su mujer y diez hijos allá en Nápoles, quién sabe si se lo tragó el mar en una gran tormenta, quién sabe, quién puede saberlo...



# El primo

*Para José Antonio Otero Antillano*

Los turnos para lavar los platos los señalaba papá.

Un sombrero con papelitos. Y cada quien sacaba el suyo. Mi hermana y yo siempre queríamos que nos tocara José, el primo, porque Dante, el hermano, se portaba osco con nosotras y no era agradable en el trato y José sí, era amable, jugaba, se reía, nos divertía y el trabajo terminaba rápido.

Lavar los platos podía convertirse en una fiesta coreográfica, acompañándonos cantando las de moda, a todo grito y entre risas, mientras una enjabonaba y el otro enjuagaba y secaba; o también en un velorio sin fallecido, cuando nos tocaba con el otro, siempre malhumorado, se quebraba la loza, o sencillamente nada terminaba bien, sin intercambio de palabras, y con la sensación de que éramos dos presos en condena a muerte.

Igual era con todo, hasta la caminata al liceo. Podía ser un paseo alimentado de canciones a dúo llevando el ritmo, o una marcha como en desgracia, con la actitud de que él no quería que le vieran con nosotras.

José no tenía un «no» para nosotras, pudiera decirse, y en cambio sí tenía una voluntad a toda prueba para acompañarnos a lo que fuera, siempre en buen talante, con dulzura y curiosidad.

Cuando había competencias de voleibol (y ambos eran del equipo de los de quinto en el liceo), tenían que ingeniárselas para teñir sus pantaloncitos del uniforme de deporte y preparar los zapatos de goma y las franelillas para participar en su grupo.

A José tratábamos de ayudarlo, buscando un palo largo y la palangana para el agua caliente, más el sobrecito del tinte, y era que él hacía chistes, cargaba su olla, echaba cuentos divertidos y alimentaba con carantoñas la posibilidad de repartir el trabajo, fuera lo que fuera, como si se tratara de un pretexto del compartir en esos ratos del día a día.

El radiecito verde era, en cuanto a la alegría, un elemento casi imprescindible, el único en eso de mantenernos al día sobre lo que estaba de moda por ahí, para aprender, haciendo coro a gritos, y luego reproducirlo entre las ganas de la pandilla en el liceo.

Como no se debía mover del espacio de la sala, le subíamos el volumen cuando tocaba la hora de lavar los platos en la cocina para escuchar desde allá las canciones y lavar los platos haciendo coro.

El primo nos cuidaba si en el liceo se nos acercaba algún necio, de esos maleducados, agresivos, que querían piropear groseramente y ponerle la mano a una, como quien no quiere la cosa.

Pero llegó el día.

Terminaron las clases, llegó julio: fecha de exámenes finales, y sin necesidad de reparación ninguna, dado que ellos dos «salieron lisos», como se decía entonces, sin materias que reparar, se graduaron de bachilleres.

Lo triste fue que José tuvo que irse.

Papá le explicó que la tía, su mamá, lo necesitaba en Caracas

para que la ayudara trabajando por sus hermanitos menores. Y José, entre triste y entusiasmado, tuvo que irse. Preparó su maleta con la ropa y recuerdos, que iban más dentro de él que en la valija, se despidió de amigos y conocidos, y finalmente de nosotras, sus primas y de mis hermanos, y de la tía y el tío, nuestros padres.

Aquí quedaron algunas fotos para no olvidar nunca su suave sonrisa, y una sensación de vacío aterradora.

Los cambios que promueven el tiempo y lo imponderable, hicieron que no volviéramos a coincidir cercanamente ya nunca más.

La ternura de su sonrisa fue siempre la misma, una curva en los labios como temerosa, un brillo de los ojos que parece pedir permiso, una dulzura especial de la mirada, y es todo eso lo que seguimos viendo, en esta imagen, ahora impresa, en el retrato, de acaso sesenta años después, con la nota en redes sociales, en la pantalla del computador, que promueve para el conocimiento de todos su deceso, dejándonos la desolación como una manta que todo lo cubre en estos tiempos de noticias expectantes.

(2021)



# Historia de la vida apasionada de Alma García Maitín y de la de su mentor Leopoldo Torres, llamado el Abanderado

Si se le pudiera enseñar geografía  
a la paloma mensajera.

EMIL CIORAN

Guarda en los bolsillos de la falda los carretes de pabilo grueso robados ayer tarde en la textilera. El peso hace que el caminar se dificulte y con el apremio y el largo de la falda, a usanza de la época, aumenta el bamboleo imprevisible de la cadera, haciéndola semejante a un personaje de película muda, gracioso y aniñado.

Alma García Maitín, con sus veinte años y el corazón suspendido, atraviesa la plaza rumbo a la esquina del Truco, buscando la puerta trasera de la sastrería Teodoro Pinillos, lugar de cita para la reunión.

El color encendido del traje, rojos y violetas en contraste, pone de relieve la blancura de sus manos y el contorno tosco de esos dedos, ocupados ahora en apretar el borde superior de los bolsillos que guardan secretos. Al mismo tiempo, levanta ligeramente el espesor de la falda para poder acelerar el paso y evitar pozos y desniveles en las aceras.

Llega, toca el portón, dice la clave convenida como salvoconducto, entra, se ruboriza frente a los presentes (quienes, muy concentrados, casi la ignoran), pasa y se sitúa al borde de la mesa, sobre la cual la caja de explosivos muestra su contenido en reposo.

Ha llegado en el momento en que Tadeo y Leopoldo terminan de repasar los pormenores del plan de acción. Alrededor de las dos figuras sincopadas, tipógrafos, panaderos, sastres, músicos y barberos, tabacaleros, obreras textileras y cigarrilleras, escuchan ensimismados.

Todo está listo, la noche ha sido el espacio de la expectativa y los detalles; en panorámica da una mirada a los presentes, la asamblea ha sido populosa y cada quien está a cargo de un paso, un eslabón en la cadena, esperan en silencio los cantos de gallos que anuncian el final de la madrugada. Y ahora vemos contornos, rostros, matices de piel...

Todos están preparados para salir del local de la sastrería. Intercambian las últimas miradas, el ajuste del detalle. En fila india se organiza la partida. Alma finaliza la repartición de las cargas previsivas.

Un beso en la mejilla, a destiempo, es el último contacto con Tadeo.

#### Antecedentes:

Leopoldo Torres Abandero, llamado el Abanderado, sastre de vocación, profeta, cocinero, hombre «de una sola pieza» (como el buen casimir), de aledaños oficios: carpintero y tipógrafo; poeta, autodidacta y huérfano. Pionero de ideas de avanzada, encarcelado y vuelto a la libertad en más de diez ocasiones, cabeza liderizante de la unión de sociedades de mutuo auxilio.

Ha organizado el plan para el paro general, en este 20 de enero de 1895, en que el mismísimo general Joaquín Crespo ocupa el ejercicio del poder y el cielo es invadido por una nube de mariposas blancas y caballitos del diablo anunciando extraños presagios.

Tadeo González, viajero estudioso, ocupado en leyes, periodista y poeta, promotor y asistente a la primera asamblea socialista de Venezuela (organizada por los obreros ferroviarios constructores del Gran Ferrocarril), fundador de *El Obrero* y *El Eco Social*, hijo digno de impresor y maestra de escuela, vive en su fuero por estos días la avanzante necesidad de «sentar cabeza» y hacer familia, escogiendo para la anhelada producción de crías (patio con niños, comida caliente, ternura en lecho) a la bienamada señorita Alma García Maitín. En manos de este Tadeo está hoy el diseño táctico del mitin, a realizarse en la Plaza Central o Bolívar de esta capital.

Alma García Maitín (conocida por el lector desde el inicio mismo de estas líneas), nacida y vecina de la parroquia La Candelaria, de directa ascendencia andaluza, obrera de textiles desde los quince años de edad, correcta hiladora, excelente bordadora, de grácil caligrafía y buen leer, aprendido de honor al tesón de su abuela Justiniana (quien en paz descansa), militante diligente del gremio de artesanos y obreros, viose introducida en la esfera de la política a través de su mentor y maestro, Leopoldo Torres, quien vecino también de su parroquia, descubrió en la muchacha dotes indudables de natural dirigencia y suprema inteligencia. A ella, pues, ha correspondido hoy la preparación artesana y primaria del armamento defensivo para la acción en la plaza.

Teniendo ahora conocimiento el lector de los ingredientes que hacen nacer la historia, en proceso de relato iniciado, nos avistamos a continuar en tiempo presente, con la instalación

del entarimado y el acomodo final, del gesto rebelde colectivo, en la llamada Plaza Bolívar de la ilustre ciudad, en este 20 de enero de 1885.

El sol está en el centro de un limpio cielo azul celeste. Una malagueta y dos cotoperías hacen el sombreado sobre la tarima y la masa de espectadores afines que comienza a definirse. La masa de incorporados supera ya en creces a la de los organizadores gremiales; puertas y ventanas aledañas agregan ojos y oídos a la escena. Un grupo de obreros de la empresa cigarrillera La Intimidación, obligados a cumplir de esquirolas, se pasean entre la muchedumbre envueltos en uniformes oscuros, son señal de mal agüero. Las mujeres, Alma entre ellas, esconden paquetes de volantes entre el corpiño, incitando a la rebelión. La dimensión del sol ha convertido las mejillas de Alma en dos tomates manzanos, los asistentes recurren a los sombreros de cogollo y a las gorras de taller para combatir el inclemente resplandor. Un orador sucede a otro sobre la tarima.

El mitin es un éxito.

Los esquirolas comienzan a amenazar, se perciben temerosos y desconfiados, algo traman (o algo ha sido tramado para que ellos lo ejecuten). La afluencia de gente progresa, las ovaciones también. Ahora le corresponde el turno a Manuel Bajares, llamado el Pequeño, un joven dirigente de la fábrica El cojo. Tadeo, como un lince, señala a Leopoldo sombras que se ocultan detrás de los árboles y arbustos.

«No permitiremos que muera el gremio de los cigarreros... La tiranía del capital quiere obligarnos a ver hombres sustituidos por máquinas.... ¡Óiganlo bien, compañeros!... Si lo permitimos, en un futuro, en este país solo se fumarán cigarrillos hechos por máquinas... ¡La tiranía del capital pone su mano oscura sobre nosotros!... El capital representado por

La Hidalguía, La Intimidad, La Flor de Cuba, todas fábricas que han aceptado ¡acabar con la labor de los artesanos!...».

Se escuchan ovaciones, abucheos, silbidos, aplausos... y en ese mismo instante, por detrás de los setos y los troncos de los camorucos, comienzan a salir, sable en mano, los miembros uniformados de la Policía del General. Su aparición parece la orden para que los obreros trajeados de oscuro, de La Intimidad y La Hidalguía, levanten en alto sus cabillas y golpeen a la muchedumbre reunida. La confusión es total, a pesar de la supuesta previsión. Entra el cuerpo de caballería, la agresión aumenta. Progresivamente, unos corren, otros golpean, se integra todo en una masa de color, en la cual, sangre, tierra, pólvora, brillo metálico, sudor, gesto de clemencia y gesto de inclemencia, van siendo una sola cosa.

Alma, desconcertada, corre librándose de los sablazos de un guardia que la asedia. Leopoldo se defiende como puede de dos aguerridos soldados. Tadeo, a la defensiva, busca entre la muchedumbre, con una mirada inconsciente, la figura de Alma sin dar con ella.

La ofensiva oficial ha rebasado los límites de lo esperado. Comienzan a distinguirse los cadáveres sobre el pavimento. Todo es como una mancha sanguinolenta que corre, no hay matices ni texturas...

Alma logra distinguir la señal de Leopoldo, que indica dispersarse a los que quedan, corre y en un instante tiene una última visión de Tadeo...

Tras un tenebroso silencio público, tres días después de los acontecimientos, la prensa oficial reseña:

... cabecilla de los alzados, Tadeo González, recibió dos balazos certeros, uno en el epigastrio, doble, penetrante, de vientre y tórax, otro en la clavícula izquierda, con fractura del brazo derecho al azotar

contra el pavimento, después de haber sido herido por ambos disparos...

Alma, acusada de conspiración, ha sido detenida y encarcelada. Durante los primeros trece días, la muchacha, rebelde como un animal salvaje y profundamente herida en su amor, hace ayuno en señal de protesta. De ella dirá la prensa:

La que fuera amante de Tadeo González, una mujer que parece de acero revestida de piel, es impenetrable, hermética para todo aquello que no quiere o que no le conviene decir. Si ella se obstina en no decir la verdad creemos que no hay poder humano que la haga salir de su negativa...

\*\*\*

El sonido del golpeteo de unos nudillos, en la puerta de su estudio, saca a Leopoldo Torres Abandero (llamado el Abanderado años ha) del mutismo melancólico en el que se encontraba, producto de la lectura imprecisa, a saltos, de un paquete de viejos periódicos largamente guardados. Retira de sus ojos los espejuelos, con lentitud parsimoniosa, y recurre al pañuelo para borrar de los cristales la humedad que difumina la nitidez de su mirada.

—Pasa, pasa...

La puerta se abre. Una mujer pálida, de ojos como relámpagos apagados, se hace presente. Dos niños rodean su falda, y las manos de ella, con las uñas diminutas, recortadas, le dan seguridad y acogida a las de los pequeños.

—Leopoldo y Tadeo quieren darte las buenas noches...

—Buenas noches, niños... que duerman bien...

—Buenas noches, papá... —dicen los pequeños y corren

hacia la habitación a tomar sus camas. Antes de que la madre se retire también, el Abanderado acerca su mano a la de ella y en un rozarla le dice de su nostalgia del amigo fallecido, y ella, al tropezar con la mirada los titulares de aquellos periódicos amarillentos sobre la mesa, comprende, una vez más, la fuerza del milagro, en la opacidad de sus días aciagos.

Alma retoma entonces la mano del Abanderado y piensa en los azares en círculo, y en el verano hostil, y en un colibrí que tiembla en su pecho. Como dos niños, hombre y mujer se abrazan, llevando bajo el ala el recuerdo del amigo muerto.



## Por qué no se sabe

Solo tuve tiempo de ver el borbotón de sangre saliéndole del ojo, y sus dedos que hacían esfuerzos inútiles por detener el líquido, medio espeso, rojo-morado, manchándole las uñas. Esas manos de Pablo, pequeñas, que viéndolas moverse parece que la piel fuera transparente, y pueden sentirse las articulaciones menudas, de las falanges, falanginas y falangetas, como si pudieras tocarlas adentro.

Cargaba puesta su chaqueta amarilla de cuero, imagino de cuero artificial, un amarillo de productos químicos que lustraba a veces con betún para los zapatos.

El gordo Cisneros lo agarró por los hombros, medio asustado, reteniéndolo, y él no decía nada, con su manito tapando el ojo, agarrando a la vez el pedazo de cristal partido de los anteojos, por detrás de la montura. Porque la primera reacción siempre tiene algo de irracional, de modo que en vez de quitarse los anteojos para socorrer sin pérdida de tiempo al ojo afectado, optó por meter los dedos incómodamente por detrás, y buscar a tientas, con el estorbo, el dolor, la sangre pegajosa, todo encima.

Y allí estaba parado, callado, con todos nosotros alrededor, que al principio no le hicimos caso, y creímos que era una continuación del juego, o de un truco para poner en apuros al gordo Cisneros, que se puso en verdad amarillo del susto y sudaba. Cuando vimos el sangrero caímos en que el juego había terminado.

Ahí mismo se nos acabó el tono de chanza, y nos pusimos todos pálidos. El cuerpo humano... tan raro: toma la imagen y el sistema nervioso la lleva arriba, al cerebro, y la interpreta, y crea relaciones complicando todo, confundiéndose; y vemos a Pablo, futuro vendado, nos da escalofríos y nos da miedo, ese miedo que solo experimentamos los niños, el miedo más solo y de más angustia, el miedo más negro, un miedo sin salida, sin respuesta para nada lógica.

Entonces corríamos a su alrededor sin saber qué hacer y lo dejamos solo, corriendo por las escaleras del edificio a buscar en casa a algún adulto que supiera qué hacer. Hasta nos olvidamos del ascensor que nos hubiera ahorrado tiempo. Nos deteníamos de cansancio en cada piso, a descansar del llanto, con aquellos bultos escolares enormes y pesados, los tres hermanitos bañados en lágrimas, emitiendo sonidos continuados de lenguaje-código-individual, de lo que solo entendía cada uno lo suyo.

Lo que aún no acabo de saber o entender es por qué diablos Pablo se quedó ese día a esperar el transporte con nosotros.

No es que crea en el destino, ni mucho menos, pero es que él nunca se quedaba allí con nosotros los menores, y ¿por qué tuvo que pasar aquello?

Y el gordo Cisneros, que en realidad no tuvo culpa de nada, tenía una cara de «soy conciencia» que nos sacaba de quicio. Él era quien lo perseguía corriendo en el juego, por lo que libre de culpa no estaba, si a eso vamos.

Bueno, ¿y nosotros? Hay que reconocer que la idea del juego fue de patrimonio común. Mira que somos cobardes, ahora nadie fue. La verdad es que el gordo Cisneros me da lástima, siempre tan serio y tan hombrón y míralo hecho sopa.

Al fin llegamos arriba, estos cuatro pisos nunca fueron tan altos; la puerta del apartamento está abierta, seguro que Pablo (y estamos seguros de que fue el único que ha conservado la calma suficiente para razonar) junto con Cisneros tomaron el ascensor y llegaron de una vez arriba sin pérdida de tiempo, y nosotros apenas tenemos fuerza para arrastrar los bultos, que de buena gana tiraríamos por las escaleras sino fuera porque después tendríamos que irlos a buscar.

¡Las lágrimas! Se nos acabaron, se nos olvidó un poco la razón de la tragedia, el sudor nos pega la ropa húmeda al cuerpo, y el cansancio nos obliga a recostarnos un poco unos de otros para poder terminar los pasos que faltan para atravesar la puerta.

A Pablo lo tienen sentado en una poltrona de la sala, ya sin lentes, y mamá pone mercurocromo a dos líneas de sangre sobre el párpado y a otra más pequeña, bajo la línea de pestañas inferiores.

Y alguien, uno de nosotros, que aún no atraviesa la puerta de entrada arrastrando su bulto, grita sin entrar: «¡Yo no quiero ir más al colegio!».



## Rompezaragüey es una yerba

La pega-pega amarilla se usa contra la esterilidad de la mujer y para acelerar el parto, igual que la raíz de malva.

Ella lo sabía, por eso las tuvo siempre como tarjeta bajo la manga, plan de emergencia, alternativa B.

Solía visitar la perfumería Reino Vegetal allá en el Pasaje Linares, considerado el negocio más viejo de la ciudad, dedicado a estas lides (como podía leerse en el libro de Giovanna Mérola, experta en el asunto).

Cuando empezaron las noches en falta, las frases inconclusas para las preguntas de ella, los cambios de aroma en su piel, los cuellos de las camisas húmedos y manchados, ella decidió guardar silencio.

Recogía sus palabras con amarga desmesura, al extremo del encuentro de los labios, que lleva a los dientes de la mandíbula superior a dibujarse, frenéticos, marcando paso hasta dejar brotar una línea como de sangre en la carnosidad del labio.

Las esperas se sucedían y ella, sin deseárselo, recordaba como una película en la memoria el entusiasmo que esos ojos, esas

manos, esas inflexiones de voz, ese su tórax, esas piernas, habían despertado en ella y por ella, en otra época.

Evitaba recurrir a las estrategias harto conocidas de las mujeres que perseguían a sus maridos y acerca de las cuales había recibido suficiente cátedra de boca de sus compañeras del taller de impresión.

El hecho de trabajar ambas en la misma empresa se le había convertido en «arma de doble filo», porque si bien tenía la ventaja de poder compartir con ella el transporte y las viandas de la comida, a cambio sus vidas en relación con otros eran el platillo del cotejo general, y recibían los más despiadados comentarios tanto de maliciosos como de ingenuos.

Justo por esa circunstancia, a veces neblinosa, fue que ella supo de las relaciones de él con aquella secretaria del departamento de Publicidad y Avisos.

Lo peor es que él no usaba ninguna estrategia para disimularlo: se le desaparecía a la hora del almuerzo en el comedor de la empresa, la evadía a la hora de la salida, y poco a poco, día a día, ella se fue quedando sola en los pasillos mientras su marido se mostraba públicamente y sin pudor con la otra, en cualquier parte.

Muy pronto su sistema nervioso puso en evidencia el estado general que la aquejaba. Por más que trataba de simular serenidad y elegancia plena, se le caía la taza de las manos a la hora del café, terminaba rompiendo el papel de diseño sobre la mesa, y en presencia de los compañeros de oficina le brotaban las lágrimas inesperadamente y sin motivo de inmediata identificación.

Su imagen general se volvía frágil, quebradiza, huidiza, se convertía en la propia expresión del luto profundo.

Él, finalmente, llegó al día en que le planteó su mudanza, ella le rogó hasta arrodillarse que no lo hiciera, le ofreció permitirle mudarse de la habitación pero permaneciendo en

la casa familiar, y le indicó un lugar de la propia casa que gozaba cierta privacidad. Él respondió que podría hacerlo temporalmente.

Ella entendió esta tregua como su oportunidad para manejar el territorio hacia la posibilidad de recuperarlo a él.

Los amigos, los vecinos, el entorno cotidiano, ya comentaban el asunto abiertamente.

Los padres de los compañeros de sus hijos en la escuela hacían de ello el chisme más popular de la dieta diaria de los mismos.

Y entonces supo del rompezaragüey, la hierba poderosa.

Su teoría era que él estaba ya embrujado, y habría que hacerle un «despojo», una limpieza.

Nada fácil, porque habría que ingeniárselas descubriendo cuál de sus compañeras ya lo tenía en su «salsa». Y luego aquello de «despojarlo» para «recuperarlo».

Le explicaron que el rompezaragüey había que prepararlo con otras yerbas: ruda, perejil, y dos desconocidas: alacrancillo y piñón.

Entonces se dio a la tarea de buscar las fulanas hierbas y para ello debía recorrer los mercados que se dedicaban a expenderlas.

El problema es que ello la alejaba de su casa y de su trabajo y, por lo tanto, de él aunque fuese por unas horas diarias imprevisibles.

Lo pensó y lo pensó, y llegó a la conclusión de que el sacrificio valía conseguir el objetivo.

Comenzó a ausentarse. Sus visitas a aquellos lugares inesperados le llevaron hasta a olvidar la hora de salida de los niños de las clases, la comida metida al horno para la cena, el tener organizada la ropa lavada y planchada del día a día para todos y hasta la máxima atención en su trabajo de todos los días.

La aventura de conocer los mercados de los yerbateros, llenos de atractivo visual en su conjunción de elementos, colorido y misterio, más la diversidad de caracteres de los personajes, las cosas mágicas que decían siempre planteadas de distinta forma y con diferentes palabras, la seguridad con que aseveraban la constancia de sus logros, la decidió a buscar una cámara de video y el apoyo de un amigo, de hacía años, camarógrafo, y plantearse un proyecto a largo plazo, para crear un documental sobre el tema.

Los cambios en la cotidianidad familiar no «se hicieron esperar».

Los hijos decían: «Mi mamá ahora es cineasta. Hay que prepararnos la merienda y la cena».

Pero la queja era menos que queja, y se fue volviendo un asunto de orgullo familiar.

Al punto de que ella, orgullosa de su propia transformación, en su oficio nuevo de creación permanente, lo sentó a él diciéndole «Necesito que nos separemos».

¿Y el rompezaragüey? Esa es una canción buenísima.

(2021)

# Me haré de aire

Un eco de aquellos días de placer,  
un eco de aquellos días volvió a mí,  
las cenizas del fuego de nuestra juventud;  
en mis manos cogí de nuevo una carta,  
y leí y volví a leer hasta que se desvaneció la luz.

KONSTANTINOS KAVAFIS

Sobre la mesa del laboratorio la acostamos y allí procedió el veterinario a colocarle la dosis de anestésico.

A esto lo llaman «eutanasia», una palabra fría, sin declive sentimental.

La abracé y acaricié con ternura en una despedida melancólica, que me carcomió cada imagen reconstruida en la memoria de estos doce años juntas.

La tuve conmigo, como en una película proyectada a velocidad indescriptible, desde la noche del parto de su madre, de cuyo vientre fueron saliendo doce cachorritos movedizos, enérgicos, y su aparición de pelambre amarilla, destacándose ella entre los diminutos hermanos que le acompañaban sin abrir los ojos.

Luego los juegos en el portón, las carreras con la pelota, las revolcadas en la grama, el crecimiento pertinaz, las enfermedades, vacunas, hospitalizaciones, su apropiarse de la segunda camada (al morir la madre por envenenamiento) acogiendo a sus hermanos como madre adoptiva, sus patas cortas y la trompa cuadrada, siempre alerta de ojos. Su acompañarme a todas

partes, en el laboratorio, su subirse al sofá, bajarse de él, pasarse por las camas de mis hijas según con quien fuera el juego agitado del día. Su despedirnos triste en la puerta de salida con la intuición de que quedaría sola fuera del constante agite familiar en tiempos de vacaciones viajeras. Su recibirnos entusiasta, con alegría expresada en saltos cuando volvíamos de regreso. Su lucha con la *ehrlichiosis* canina: períodos sin caminar, párpados caídos, patas colgando sobre la tabla con rueditas que inventamos para sacarla al patio a tomar el sol. Su reinicio a la vida, recuperada la energía, su empeño en continuar este maratón, aún con tantas heridas de guerra, su constante acompañar y cuidar a otros (humanos o caninos) y finalmente, ese ojo, ese desaparecido en una noche, víctima de una gusanera inexplicable y dolorosa, sus catorce años, un record poco frecuente en una chow-chow.

La tengo frente a mí, en despedida imposible, y digo palabras para ambas en el empeño:

—Adiós, pequeña compañera de tanto, hermana silenciosa, adivinadora de penas y complicidades.

Los ojos de Canela van volviéndose vidriosos hasta perder la luminosidad activa y descubrirme una superficie opaca, sin brillo alguno.

Entonces mi tragedia se convirtió en lágrimas rodando sin pudor, en el silencio y la soledad de la mesa de operaciones.

1

Me han entregado las cenizas de Canela esta mañana, en una cajita cuadrada, de madera, rosada.

Me resulta irreal suponer que allí está mi compañera, hecha cenizas. La humanidad y lo simbólico... los objetos, los rituales.

Me comentaron en la clínica que suelen cremar animales los días jueves, de modo que con las de Canela hay cenizas de varias mascotas de otros que aprobaron el acto y sus consecuencias.

Miro la caja con extrañeza, ese objeto no me devuelve la presencia leal, amorosa y divertida de Canela, y aceptar que son realmente sus restos es una simple convención con mucho de imaginario.

He pensado si la llevo al cementerio y la coloco en la tumba de Rodrigo (Canela fue tan compañera suya como mía, mientras él vivió).

Pero desconozco si el normativo de la institución me permitirá colocar sobre la tumba de mi marido alguna cosa que no sean flores.

Más cuando en los nuevos contratos de propiedad de terreno ahora se establece un tiempo determinado para mantener los restos en tierra (¿cinco años?, ¿diez años?), según las tarifas del pago por propietario.

No comprendo qué pretenden que hagamos con las cenizas de nuestros deudos, y la idea de mudarles a otro lugar es descabellada y triste.

Por suerte, Rodrigo tiene más de una década enterrado, el nuevo normativo cursa para los entierros realizados a partir de los últimos dos años.

Nunca hubiera imaginado que tendría una reflexión como esta. ¿Banalizar la muerte? ¿Comercializarla?

Para no tener que pasar por el diálogo en la oficina administrativa del lugar, creo que me quedaré con la caja en casa, al menos un tiempo.

Si Rodrigo estuviera aquí se burlaría de mi falta de decisión. Pero no está, y mis hijas tampoco, cada una sumergida en sus rutinas lejos. Sé de ellas por alguna llamada telefónica, en cumpleaños o a en sus fechas «conmemorativas».

Paseo la caja por la casa. Terminará en mi habitación. No puedo aún desprenderme en este apego con mi compañera canina de tanto tiempo.

2

Amanezco regando las macetas colgantes del orégano orejón en las ventanas, en esa hora en que apenas asoma la luz desde el fondo de las montañas.

Necesito algunos días, a lo mejor semanas, para entender esto que me ahoga dispersando mi mirada sobre el entorno.

No tomo vacaciones desde hace ¿siete años?, puede ser un buen momento para moverme un poco de la rutina.

Este encierro obligatorio, establecido por la pandemia del nuevo virus, aumenta mi incertidumbre y sentimiento de soledad permanente. Canela era mi cómplice de las pequeñas «escapadas a la norma» sacándola de paseo en horas tempranas, llevando mi tapabocas y asumiendo las distancias consabidas de los otros.

Necesito aceptar que Canela no marcará más la rutina de los paseos mañaneros como cuando la llevaba hasta el parque, y me entusiasmaba sentir su presencia efusiva a mi alrededor, ya fuera también el preparar el desayuno o la cena para ambas.

Ahora, encerrada sola, continúo con la dedicación a abrir gavetas, botar objetos sin uso, sacar ropa que no llevo hace mucho ni lo haré. Rompo viejos papeles que se han vuelto inútiles, desalojo estantes, reviso antiguas fotografías. Canela solía subirse en los promontorios de los desechos y se les acostaba encima, parecía jugar conmigo haciéndolo, como un acto aprobatorio.

Ahora continúo en esta tarea, pero sola.

Sobra mucho. Hay rostros que he olvidado, personas que no reconozco.

Mis hijas y Rodrigo aparecen en distintos tiempos. Éramos otros cada vez.

Entre libros que leí hace mucho, y en las páginas de una selección de narrativa alemana, encuentro la carta.

3

Las tres de la mañana.

Despierto con violencia, descubro que sudo sin razón aparente; al sentarme, algunas imágenes se me presentan en un instante y veo el reflejo de los recuerdos:

Soy yo, atravesando un pequeño bosque, en medio de la nieve.

Arrastro una maleta grande. Tiene una correa en un extremo, por la cual logro arrastrarla lentamente, hay árboles de troncos altos a mi alrededor, y algunos mantienen ramas con pocas hojas, cubiertas de nieve.

Es trabajoso el recorrido y me prometo que nunca más viajaré con equipaje pesado. Tengo un abrigo largo y botas protectoras.

Finalmente estoy por acceder a un lugar, ya no es bosque, es la entrada a una zona urbana y unos hombres uniformados vienen hacia mí, les muestro mi documentación y me ayudan con la maleta, caminamos hacia la puerta de donde ellos han salido.

Hablan alemán, así suena, aun cuando no puedo entender sus palabras.

Descubro en la escena un recuerdo lejano. 1975, mi viaje a un evento de teatro en la antigua RDA.

Despierto.

Me obligo a caminar una hora al día, previsión de esta edad que acato como una escolar de la primaria.

Todas las mañanas la vía del cementerio, con su muro amarillo y el gran samán cercano a la esquina del cruce, es la vía de entrada al encuentro con otros.

Al paso la brisa sopla, y la presencia de las vendedoras de flores que llegan en su camioncito desde Galipán, me enternece. Colocan baldes de colores conteniendo los distintos conjuntos de arbustos exóticos. Las mujeres se sientan en sillas con fondo de lona, preparan los ramos y conversan.

Antonia destaca entre todas, su piel morena, su sonrisa, expresan la serenidad de su mando, hace señalamientos, ordena. El hombre que la acompaña (seguramente el marido), se limita a cumplir la rutina, manteniendo el silencio.

Tienen la vara del emperador en un balde de mayor altura que los otros, se suman a otros donde hay rosas de varios colores y margaritas, las ave del paraíso con sus penachos anaranjados y su esbelta elegancia siempre me atraen, me recuerdan otras épocas en el tiempo, cuando las recibía en el cumpleaños, como detalle exótico.

Un gesto al pasar con mi mano es la señal del saludo, siempre hay sonrisas del grupo, solo converso a la vuelta. En esos brevísimos diálogos me enteré de dónde vienen y aprendí acerca de la calidez de sus vínculos. Me gustan esos minutos en que me siento parte de ese grupo ceremonial y bullicioso.

De regreso en casa vuelvo a esta nueva rutina de revisar viejos papeles guardados en cajones y rehacer en mi memoria lo

aparentemente olvidado, despertado por la carta y un diario reencontrado.

## PÁGINAS DE UN VIEJO DIARIO

*No puedo creer que me enviaran la invitación al Festival de la Assitej en Berlín. Para ello, mi flamante ficha curricular relativa a la actividad en las escuelas y las temporadas montando funciones de títeres en los pueblos de la Cordillera, no deberían ser suficiente ¡pero lo han sido!, estoy en la cúspide del entusiasmo.*

*Un festival de teatro para niños en Alemania Oriental, tomar un avión y cruzar el pozo que me lleva a las Europas... ¿qué más se puede pedir?*

*La noticia fue tan sorpresiva que no he podido celebrarlo, enredada en la cotidianidad del poco tiempo que tengo en esta universidad, a donde he ingresado hace muy poco como profesora de Literatura, y comienzo dictando un curso de Historia del Teatro. Con las clases, el apartamento, los autobuses que debo tomar para moverme (cuatro al día), la rutina de atención a los estudiantes, pero cuando quedo sola suspiro y solo pienso en ese próximo viaje «a lo desconocido».*

*No me han pagado aún mi salario por el ingreso reciente y comienzo a desesperar. Ando sin dinero, pero lograré agenciarme y hacer lo necesario para no perder el viaje.*

*Me integraron a una comisión de pénsum y debo aportar lo relativo a actividades teatrales en el régimen escolar. La materia que diseñaremos es para unidades-crédito extras. Comencé el trabajo con la del equipo profesoral y hay mucho por hacer. Soy feliz: viaje a Alemania pronto.*

*Hay que llenar los requisitos de rigor para el caso.*

*Mañana al salir de la facultad iré a que me inyecten la vacuna contra la fiebre amarilla y pasaré a llevar mi fotografía para el carnet de la escuela de teatro. Además, necesito organizar el*

*material de mis antiguas actividades en el trabajo teatral con niños, durante mi período estudiantil. Y aún debo solucionar detalles del papeleo con el pasaporte y otros asuntos.*

*El nerviosismo me tiene casi paralizada, me sacudo: ¡Avanti popolo! El viaje vale sacrificios.*

6

No puedo dormir.

El quejido es sincopado. Lo oigo a través de la noche. Es el llanto de un perro, con seguridad cachorro.

Un quejido suena solo y al minuto suena el siguiente, y es tan frío, en medio de la oscuridad. Me levanto de la cama y camino a la ventana de donde llega esta señal de dolor, me asomo y el cartel de McDonald's en su amarillo y rojo, está inalterable en la altura con la montaña al fondo, el quejido ¿del perrito? Es un fondo sonoro de toda esta soledad.

Él, ¿o ella?, debe estar en una de las casas al otro lado de la avenida principal. Apenas puedo ver.

Este insomnio me lleva a releer el viejo diario.

7

ANTIGUO DIARIO

### ***En el teatro***

*Estamos en el Theater der Freundschaft—Teatro de la Amistad—en Berlín, en la República Democrática Alemana. Nos presentan al director, Klaus Urban, es muy amable y acelerado en su plática y da trabajo a la traductora para seguirle el paso (o las palabras). Este lugar es cálido y trabaja mucha gente que camina*

*de un pasillo a otro, abren y cierran puertas. Urban dice que hay doscientos empleados aquí, entre actores, gente de servicio técnico, músicos, pintores, acomodadores, porteros, empleados del cafetín, jardineros, en fin. El edificio es sobrio y se ve fuerte, nos van mostrando cada espacio y los dos traductores se afanan en decirlo todo siguiendo el paso a Klaus.*

*La pieza que veremos hoy es nada menos que una adaptación de Don Quijote de la Mancha.*

*Vemos correr gente a los vestidores, y un hombre, de los más apurados, me tropieza en su afán, se me caen los papeles que llevo entre las manos, con mis guantes y la bufanda.*

*Desconcertado, él se agacha a recogerlo todo, habla apurado en palabras que no entiendo, le digo en español que no se preocupe y me he agachado yo también.*

*Nos entendemos con una sonrisa, él se pone de pie conmigo tomando mi brazo con delicadeza, me señala el vestidor diciéndome «Sancho Panza» como si fuera su nombre propio, lo que me hace reír; ese nombre es lo único que entiendo y me río de nuevo, él corre y siempre voltea sonreído a mirarme.*

*Busco a mis compañeros del grupo con los traductores.*

*Ver la llegada de los niños, solos o acompañados, es algo que me gusta; van directamente al guardarropa a dejar sus abrigos, para lo cual se ordenan en fila india, presentan su entrada a la encargada de la sala y se acomodan en sus butacas.*

*Ya estoy en la sala, somos un público de adultos enredado con el de los jovencitos que han entrado en perfecta formación, pero adentro se dispersan saludándose de una escuela a otra, entre risas y palabras sueltas.*

*Nosotros, siempre con los compañeros traductores, estamos asombrados del lugar, de la atmósfera coloreada, de los ríos de voces, de los timbres de sus risas.*

*Pero se producen los tres llamados de timbre, acompasadamente, y se hace silencio sepulcral, oscuridad y cortinas abriendo lentamente, frente al escenario.*

8

Los días pasan en este ordenar papeles y descartar lo que no tiene sentido conservar.

Entre las fotos dispersas que ahora intento ordenar (sentada en el suelo y rodeada de muchas de ellas) hay una de mi padre en medio de su lugar preferido: en la sala de la biblioteca, tiene un libro de Pessoa entre las manos, entonces recuerdo su voz y el gesto cuando, con cierto énfasis en las frases, me insistía en el poema: Amor (decía con énfasis en la /A/ inicial de la palabra): A-mor.

El amor es lo que es esencial  
El sexo es solo un accidente.  
Puede ser igual  
o diferente.  
El hombre no es un animal:  
Es una carne inteligente,  
Aunque algunas veces  
Enferma.

9

SANCHO PANZA

*Sentada en mi butaca con compañeros de otros países y una mayoría alemana, me concentro en la apertura de cortinas en la escena.*

98

*Conmovida como una más del público, descubro que mi amigo (quien me ayudó antes a recoger los papeles dispersos en el piso), está sobre el escenario y es muy buen actor, hace de Sancho Panza.*

*En la escena de despedida de Don Quijote, en su posible lecho de muerte, Sancho Panza hace su actuación estelar, mientras le pide que no muera al Quijote, y los jóvenes espectadores conmovidos aplauden a rabiar.*

*Mi amigo Rainer que ahora sé que así se llama, porque lo leo en el programa, se expresa con gracia inigualable y el texto que dice en alemán, nos lo traduce un español a nuestro lado, quien lo disfruta a mares.*

*«No se muera, vuestra merced, señor mío, tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía... Levántese de esa cama y vámonos al campo, quizás tras de alguna mata hallaremos a la señora Doña Dulcinea».*

*Toda la sala se levantó a aplaudir y vivo el entusiasmo festivo del público, aun en medio de las formalidades y el protocolo.*

*Sancho Panza y Don Quijote saludan en el escenario, creo ver una mirada para mí especialmente desde los ojos del escudero y me conmueve, aplaudo mirándolo. Su dulzura me sacude.*

10

Ahora reordeno discos, cintas, videos de música y aparece el concierto de Pink Floyd realizado en el Muro, y estoy en 1990.

La televisión reporta en las noticias ese concierto en Berlín, en el lugar donde la línea del Muro marcaba el territorio. Ya no estará la llamada RDA y el país es uno solo. ¿Es uno solo?

Sus imágenes dan la vuelta al mundo. Entre los rincones guardados de mi memoria reconozco a Sinéad O'Connor cantando *Mother*.

Ella, con su cabeza rapada, la dulzura cruel de sus palabras y el coro respondiendo, hijo y madre en diálogo tenebroso: «Madre, ¿crees que ellos lanzarán la bomba? / Madre, ¿crees que les gustará esta canción? / Madre, ¿debo construir el muro?...».

11

... recuerdo, sí, recuerdo  
Cuando el éxtasis iluminó  
En un relámpago la finitud  
Y todo lo perdurable.

REYNA RIVAS

*Las calles están más bien solas, con muy pocos transeúntes. Estoy en Berlín, acompañada con ternura por quien me mira como si yo fuera una aparición sin corporeidad.*

*Este hombre con olor a madera virgen, me acoge. Para él soy una porcelana del siglo dieciocho. Dice nombres de calles para mí, señalando las indicaciones metálicas en las esquinas. La Alexander Platz, la Torre de la Televisión...*

*Lo miro sonreída incapaz de pronunciar correctamente ninguna de sus palabras, de sonido agudo y cortante, y él se ríe de solo mirarnos.*

*Rainer me lleva de la mano, con extrema delicadeza, caminamos en la calle solitaria, en esta noche que será inolvidable, pero no lo sé aún.*

*Él quiere hablar de algo que lo ensombrece.*

*Me conduce a un lugar, me intriga, la oscuridad de la noche es tétrica y trágica, pero a la vez es una fiesta de dos que se investigan en la curiosidad maravillosa de atraerse y temblar ante el impulso.*

12

Hoy me aventuraré un poco más allá de las calles frente a mi edificio. Para extender el tiempo de mi ejercicio y curiosear.

En la caminata de la tarde, me meto en todos los rincones de las tienditas que la gente ha ido construyendo en la vía al mercado, pequeños locales inventados al lado de sus propias casas de habitación, garajes la más de las veces. Hay varios de venta de películas copiadas, lo que no es legal pero se ha hecho «legal» con la práctica, y señala posibilidades para continuar con la vida con precios accesibles a los bolsillos menos abundantes.

Las muchachas que llevan la mayor tienda de videos al cruzar la calle, venden también infusiones. Hoy me acerqué buscando una película de la cual me han hablado: *Good Bye, Lenin!*, una cinta alemana del realizador Wolfgang Becker, historia familiar de tiempos de la caída del Muro de Berlín.

El local es una cueva, con discos de películas clasificadas según criterios elementales.

Reviso las estanterías mientras ellas ubican la que quiero. Descubro que venden tilo, hace mucho que no veía esta hierba sedante, llevaré algún paquetico con la película.

Vuelvo a casa iniciando la noche.

Cuando he terminado la cena (una taza de avena, fruta, una manzanilla de cierre), y el tilo, la memoria me lleva a la historia tras la carta de Rainer:

*Caminamos en aquella avenida de los tilos, entre sus árboles. A lo largo del kilómetro y medio por el que se prolonga el bulevar que va desde la Puerta de Brandenburgo hasta Schlossbrücke (Puente del Castillo), en ruínas desde el final de la Guerra hasta la caída del Muro. Los tilos, con sus flores pequeñas, de peculiar diseño.*

13

Finalmente, me siento en la butaca a mirar *Good Bye, Lenin!* en la pantalla del televisor. El realizador del film nació y creció en la RDA, allí hizo su carrera y primeras creaciones. Relata una circunstancia especial: un hijo reconstruye el entorno para que la madre (quien sufrió un accidente que la mantuvo en coma y no vivió la caída del Muro de Berlín) piense que la RDA continúa existiendo.

Es el tema del hijo y su amor por la madre lo esencial. Me conmueve el empeño del muchacho, su energía para continuar reinventando lo que ahora resulta una fantasía anclada en el pasado, y hay un momento en que se invierten los roles: la madre ya sabe que la RDA no existe más, pero hace creer al hijo que su juego sigue teniendo vigencia, mientras los otros personajes los contemplan a los dos evitándose posibles sufrimientos.

El reencuentro del joven con el padre, quien, habiéndolos abandonado ha creado una nueva familia en la Alemania Federal, y la sorpresa impensable de que el antiguo héroe del muchacho, el astronauta, ahora es el chofer del taxi que le conduce a aquel reencuentro, resultan secuencias dolorosas. La muerte de la madre al final, y el protagonista lanzando las

cenizas de ella en un pequeño cohete en la azotea de la casa, dan un cierre melancólico, necesario.

¿Rainer vivirá?

14

1975: UNTER DEN LINDEN (O BAJO LOS TILOS)

*Es un monumento, son ruinas de piedra, fragmentos de algunas grandes edificaciones bombardeadas. Está cercado por una reja metálica prominente. Una enorme placa de metal reza una inscripción conmemorativa del holocausto. El paseo monumental ha sido blanco de los bombardeos en la Guerra y así se mantiene, ruinas para el recuerdo de la hecatombe.*

*Rainer hace que nos detengamos allí, me señala la inscripción del lugar.*

*Con mímica y algunas palabras sueltas me enseña que se trata del dolor producido por los estragos de la guerra. Su rostro cambia y se muestra sombrío. Entonces puedo entender lo mucho que pesa en él la simbología del lugar.*

*Escribe dos cifras en un papel: 1945, el final de la Guerra y el año en que él mismo nació; y 1975, ¡este año, este encuentro, este presente...!*

*Sin una palabra de alemán de mi parte, ni una de español de mi amigo, nos entendemos a la perfección, ha nacido un lenguaje donde todo fluye sin dificultad. Con nuestras mutuas miradas, algunos gestos e insólitos detalles que van siendo inventados en el camino.*

Ha llegado la noche y extrañamente no se escucha de nuevo el quejido sincopado del perrito, su angustia nocturna. ¿Se lo habrán llevado a otra parte?

Soñaré con Rainer, su mirada y sus gestos, su manera de verme y tocarme. Esa melancolía interminable de su ternura.

Cuando mi hija Camila coloca fotos en la web las veo como si ella estuviera aquí. Como cuando me relató oralmente su viaje a Praga, y la visita al Museo de Kafka.

Escribir mensajes de texto, sin tocarse, sin mirarse sino a través de ese intermediario, tecnológico, manejable. Supuestamente disminuyen las distancias, todo parece más cercano, y lo inmediato se aleja.

Ahora la gente no se habla cara a cara, prefiere esa púdica relación de grabar para el otro o un teléfono que acompaña.

No llega mucho sol a esta terraza, sin embargo la selva colgada de las ramas de orégano cada día progresa más cubriendo el horizonte. Las combino con las hojas espinosas de la zábila, y ambas son plantas de sol de estos territorios; todas las mañanas procedo a retirar las hojitas secas y ver las que han brotado. Se convierte en ritual necesario y en contemplación plácida.

Hay muchas horas solitarias para repartir entre las plantas o realizar lo elemental cotidiano para la sobrevivencia.

En la televisión aparecen diariamente las cifras de las víctimas del virus, que ha generado esta pandemia. Y mi grupo telefónico, de profesores colegas, señala los nombres de los cercanos, quienes fallecen sin mayor despedida entre nosotros.

Se hace simple la rutina cuando se está sola, habiendo vivido el colectivo de las voces y los apremios de formar familia. La vida que sigue modifica su percepción según el paisaje del entorno. Intentamos adaptarnos a esto nuevo que nos apremia, pero el mundo interior, las historias y el dolor se apelmazan en algo que no sabemos cómo aplacar en el día a día.

17

*Rainer tiene un unipersonal en la programación del Festival. Ha sido misterioso llegar al lugar donde se llevará a cabo, se trata de una carpa de techo bajo; para entrar hay que bajar la cabeza. La carpa es larga y hay un espacio para los espectadores más bien discreto.*

*Cuando todas las sillas han sido cubiertas, entra el actor, Rainer, con una camisa blanca y pantalón negro, se ubica en una silla frente a una mesa, tiene una botella de vino y copas, papel en blanco para escribir, y escribe.*

*Los espectadores esperamos, la intimidad del lugar nos sobrecoge.*

*Dos nombres fluctúan en este homenaje desde la lengua alemana, es un regalo, son textos de Federico García Lorca y Pablo Neruda.*

*Rainer ya no es Sancho Panza, ahora ocupa el lugar dramático que tejen las palabras de Neruda sobre el asesinato de Lorca, en uno de los más bellos poemas de la historia. Escucho sus palabras en alemán y retengo en mi memoria y mis manos las claves del original nerudiano, que ya conocía.*

*«Si pudiera llorar de miedo en una casa sola, / si pudiera sacarme los ojos y comérmelos, / lo haría por tu voz de naranjo enlutado / y por tu poesía que sale dando gritos».*

*Salimos silenciosos, conmovidos, como niños de escuela en fila india.*

*En minutos largos, el actor, mi nuevo amigo, me ha buscado afuera, sin su «envestidura trágica», con la sencillez de su sonrisa, que recibe los halagos y las felicitaciones del caso.*

*Hoy habrá fiesta para las delegaciones extranjeras.*

18

El que cierra los ojos  
se convierte en morada de  
todo el universo.

OLGA OROZCO

## LA FIESTA

*Estamos en grupo con la delegación de España, las de Latinoamérica y algunos italianos y franceses. Se bebe vino y vodka, todos son ánimos de acercamiento, la risa acompasa el encuentro general, hay músicos de una pequeña orquesta que suena muy bien y las parejas van sumándose sin protocolos.*

*De repente está Rainer frente a mí, tiende su mano y muerta de timidez le hago ver que no sé bailar, pero insiste, no se va, me hace muecas simpáticas, río, me lleva a la pista sin que pueda evitarlo, y en sus manos soy una pluma al viento, juega, me toma por la cintura, me lleva con gallardía y ternura, me asombro de mí misma, giramos, me acerca con naturalidad a su torso y estamos*

*muy juntos, como si flotáramos en el espacio. Reímos, bailamos, flotamos en una esfera donde los demás no existen.*

*No sé decir de esta dicha, somos como niños disfrutando su energía. Todo fluye con naturalidad inusitada.*

*La presidenta del evento y su séquito han bebido, y están ya lejos de la compostura protocolar, felices como vikingos después de una conquista territorial. Las frases en distintas lenguas se cruzan unas con otras casi a gritos y las risas también.*

*En medio de la música, los brindis, la agitación general, Rainer ha buscado nuestros abrigos y me espera al pie de la escalera.*

*Entiendo que estamos fugándonos de la algarabía para estar juntos y compartir este escape de dos que se comunican con gestos, tactos, mímica, palabras sueltas del inglés (mal pronunciadas), alemán, español y francés.*

*Rainer me coloca el abrigo con gesto teatral, luego me sube el cuello para tapar mis orejas y me hace llevar el gorro tejido, hasta que ya no se ven sino mechones de mi cabello por el borde inferior.*

*Yo me pongo los guantes mientras lo miro mirarme.*

*Sus ojos encendidos, chispeantes, animan este cielo más bien oscuro; me toma del brazo y emprendemos la caminata siguiendo a la luna que va con nosotros desde su lugar en el cielo. El rostro de Rainer es una luz en la oscura noche y resplandece en su sonrisa la estela de una catarsis probable, nos sentamos en un banco de piedra, para hilar la historia en una rueca ancestral.*

19

*Tenemos una noche de ternura indescriptible. La magia verdadera de esos brazos que acogen, el gesto dócil de ser envuelta, rodeada desde los hombros y tomada de la mano, el roce del muslo sobre el propio, la temperatura apenas percibida que produce de inmediato*

*un cambio en la mía, esos puntos colocados en los renglones del poema de manera secreta y precisa para decir al otro de nuestra complicidad con su esencia. El cuerpo que se prolonga desde el suyo, que se sabe duplicado, camino trazado, envestidura y resguardo del nuestro, aquello de lo que supimos y sabemos, y retomamos en instantes con un breve roce, con un miedo nuevo, pero que al final es el mismo, se convierte en éxtasis, acogedor, tibio y creciente.*

*Mañana retorno a mi país.*

20

Recuerdo el aeropuerto para tomar el vuelo, la fila para mostrar el pasaporte y llevar a cabo el protocolo común. El avión en el que saldremos ya está allí y debemos cruzar una plataforma externa para llegar a él.

De repente escucho mi nombre y miro hacia abajo, allí está Rainer, rodeado de mucha gente, me hace señas con su brazo y un pañuelo. Lo saludo con mi brazo agitado, está triste, apenas sonrío.

21

Esta noche duermo con la carta bajo la almohada, más bien con sus palabras muy adentro de mí.

Me pregunto cuánto tiempo y pasión habrá necesitado para escribirla, ¿cómo lo hizo en español?, envió también el original en alemán.

Aspiro el olor que aún permanece, en este papel, modesto, con trazos de su letra caligráfica cuidadosa. ¿Cuántos años

han pasado desde entonces? ¿Qué habrá sido de su vida? ¿Por  
qué descubro esta carta solo ahora, tantos años después?  
¿Acaso vivirá?

No puedo disimular más, no tiene sentido.

No quiero levantarme hoy,  
 No quiero bañarme  
 Ni vestirme  
 Ni peinarme,  
 Ni comer, y acaso: Ni respirar.  
 No merezco respirar. No tiene sentido. ¿Para qué?  
 No quiero ser, no quiero existir.

La lluvia golpea los cristales. No me levantaré a cerrar las ventanas. Si ha de inundarse todo que ocurra.

La carta, el recuerdo despertado en mi memoria, ha hecho que una avalancha de dolor interior, dolor de alma, me invada sin remedio.

Es como si una oleada gigantesca de aves volando, entrara y sacudiera todo mi espacio, y me borrara la sensación antañá de que hay algo en mi presente que valga la pena.

No puedo más que llorar, dejar las lágrimas correr, odiarme un poco ¿o mucho?

Mucho, hasta desaparecerme de este presente inusitado.

Ha muerto en mí todo deseo.

¿Por qué esa carta estaba allí sin abrir, olvidada, ignorada?  
 1975 y 2017, cuarenta y dos años de distancia.

Ha sido esa carta, de la que no supe en su momento, carta secreta perdida en el tiempo, y ahora me despierta sensaciones que creía olvidadas o acaso estaban resguardadas en algún lugar de mi memoria que descubro amortajada, anhelante.

Esta historia retoma el camino que no transitamos juntos, y lo que dejamos en suspenso, ¿a dónde se fue? ¿Murió?

¿Qué habrá presenciado y sentido con la unificación de su país? ¿Cuál sería su actitud, a dónde iría su mundo de fantasmas?

¿Vivirá? Qué no daría por tenerlo cerca.

... ¿Y si pruebo a ubicarlo en las redes sociales?

La computadora, solo requiero abrir la página, colocar su nombre. Es un actor, tiene una identidad pública. ¿Por qué no lo pensé?

Sentada ante la pantalla escribo: «Rainer Büttner actor de teatro, cine y tv. de RDA», dos intentos y aparece su nombre en grandes caracteres con la inscripción: (1945-2017). «Died: June 7, 2017 (age 72)».

¿Hace solo cuatro años?... Y ya no está.

23

LA CARTA

*Muchacha, pequeña.*

*Busco palabras para llegar a ti.*

*Me dejaste desnudo, solo. No importa lo rodeado que esté de gente.*

*Ahora no estás aquí. Las calles están vacías y la vida sin ti.*

*Recuerdo tus manitos pequeñas, tus pestañas, la sonrisa tímida a medio lado.*

*Nos separa más de un océano, montañas, ciudades. Palabras que no sé.*

*Quiero tenerte a mi lado y cuidarte. Nunca vi a nadie como tú.*

*Ayúdame a respirar tanto oscuro, sin ti; a tener ilusiones.*

*A saber del sol en las mañanas.*

*Pequeña muchacha, ¿cómo es la calle dónde vives en tu ciudad?*

*¿Cómo es la gente que puede tomar tu manito todos los días?  
¿Qué comes en la tarde?  
¿Tienes un perro que se acuesta a mirarte y a esperar tu caricia?  
Debe haber un árbol en la puerta de tu casa que se parece al sol  
de tu sonrisa.*

*No me olvides, niña.*

*Escribe a este loco enamorado que solo te vio cinco días y no  
puede vivir sin ti.*

*Escribeme una carta en mi idioma (yo lo hago en el tuyo).*

*Promete no olvidarme*

*O me haré de aire*

*Y desapareceré,*

*Amor.*

*Rainer*

\*\*\*

*Schreib mir einen Brief in meiner Sprache (ich mache es in  
deiner).*

*Versprich mich, dass du mich nicht vergessen wirst.*

*Oder ich werde etwas Luft bekommen*

*Und ich werde verschwinden,*

*Meine Liebe,*

*Rainer*

(Valencia, 2021)

# Índice

Cuando la arena se levanta	7
La Muralla	11
Manuscrito perdido	19
Uniforme número seis	33
Un imposible espinoso horizonte marino	39
Atentado presidencial	45
La pensión de Miraflores	51
Renacimiento	59
El traje blanco con bordes azules	63

El primo	69
Historia de la vida apasionada de Alma García Maitín y de la de su mentor Leopoldo Torres, llamado el Abanderado	73
Por qué no se sabe	81
Rompezaragüey es una yerba	85
Me haré de aire	89

*Me haré de aire*

se imprimió en octubre de 2021 en los talleres de

IMPRENTA BICENTARIO DE CARABOBO

Caracas, Venezuela.

Son 1.000 ejemplares.

